

• Arpilleristas de Peñalolén •

Corporación Cultural de Peñalolén

2016





Arpilleristas de Peñalolén
Corporación Cultural de Peñalolén
2016

Arpilleristas de Peñalolén

Primera Edición, Mayo de 2016

Alcaldesa Municipalidad de Peñalolén:

Carolina Leitao Álvarez-Salamanca

Proyecto Arpilleristas – Crespial

Directora Corporación Cultural

Gladys Sandoval

Producción

Roberto García, Sui-Gin Acevedo, Cristian Sottolichio

Investigación y Redacción

Adolfo Albornoz

Fotografía, Reporteo y Redacción

Cristian Sottolichio

Colaboración Especial

Winnie Lira

Diseño Gráfico

Carmen Polo

Impresión

Letras y Monos Ltda.

Corporación Cultural de Peñalolén

Avenida Grecia 8735, Peñalolén

Santiago de Chile

©Corporación Cultural de Peñalolén

Mayo 2016

Inscripción en el Registro de Propiedad Intelectual N° 265.708

ISBN: 978-956-9222-04-7

.....

El Proyecto "Bordar, coser, narrar un país: Arpilleristas de Peñalolén" ha sido financiado por el Centro Regional para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial de América Latina (CRESPIAL), Centro categoría 2 de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), a través de su convocatoria a los Fondos Concursables de proyectos para la salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial 2013.

Contenidos

Presentación	Historia e identidad de Peñalolén sobre un trozo de tela	5
Introducción	El surgimiento de las arpilleristas de Peñalolén	7
Capítulo I	Patricia Hidalgo, arpillerista de Peñalolén. Historia de vida	16
Capítulo II	María Madariaga, arpillerista de Peñalolén. Recuerdos	50
Capítulo III	Arpilleristas de Peñalolén en el presente	72
Epílogo	La arpillera	90



PRESENTACIÓN

Historia e identidad de Peñalolén sobre un trozo de tela

Este libro es el resultado de una investigación que busca preservar, salvaguardar y promover el Patrimonio Cultural Inmaterial de las Arpilleristas de Peñalolén, especialmente, las arpilleristas de Lo Hermida: cultoras del arte popular, Tesoros Humanos Vivos, talleristas en barrios y embajadoras culturales de la comuna, quienes han bordado nuestro imaginario y cotidianidad, como testimonio de la historia social de Peñalolén y difundiéndolo dentro y fuera de Chile.

Sus arpilleras se nutren de símbolos de la identidad de nuestra comuna, como la Cordillera de Los Andes, la autoconstrucción de las viviendas y sedes sociales, y el uso de los espacios públicos para el juego de los niños. Su oficio creativo tiene un marcado sentido de pertenencia, pues a través de sus obras con material doméstico revalorizan prácticas comunitarias, hechos políticos y sociales de nuestra historia cercana.

Además, las arpilleristas promueven la asociatividad y la formación en esta técnica patrimonial en los barrios de Peñalolén. Esto, mediante la consolidación del Programa Ocuparte de nuestra Corporación Municipal de Cultural, con talleres de Arpillerista en 10 Juntas de Vecinos de los 5 macrosectores de la comuna, desde el 2012. La formación de nuevas arpilleristas permite conservar la técnica, enriquecer la vida comunitaria, promover espacios de encuentro, revitalizar las sedes vecinales y actualizar los temas de los trabajos, incorporando los sueños de las mujeres de Peñalolén, su vida cotidiana y la proyección de sus barrios.

Por estos motivos, las Arpilleras de Peñalolén fueron reconocidas como Tesoros Humanos Vivos, por el programa de la UNESCO 2012, ejecutado en Chile por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, que busca proteger a comunidades portadoras de manifestaciones

relevantes a nivel nacional y en peligro de desaparecer del Patrimonio Cultural Inmaterial.

Nuestra comuna debe sentirse orgullosa de tener a estas mujeres de esfuerzo, constancia, talento y dedicación. Este libro releva la memoria histórica y el relato vivo de las arpilleristas de Lo Hermida, que narran al Peñalolén que hemos construido. Ellas aportan un arte único, vivo y colorido, propio del mundo popular. Telas en cuya superficie se da vida a valiosas historias y emotivos testimonios, complementados con material iconográfico de gran valor y calidad patrimonial, lo que genera vínculos que fortalecen la identidad cultural de nuestra comuna y sus vecinos.

Carolina Leitao Álvarez-Salamanca
 Presidenta Directorio Corporación Cultural
 Alcaldesa Municipalidad de Peñalolén



INTRODUCCIÓN

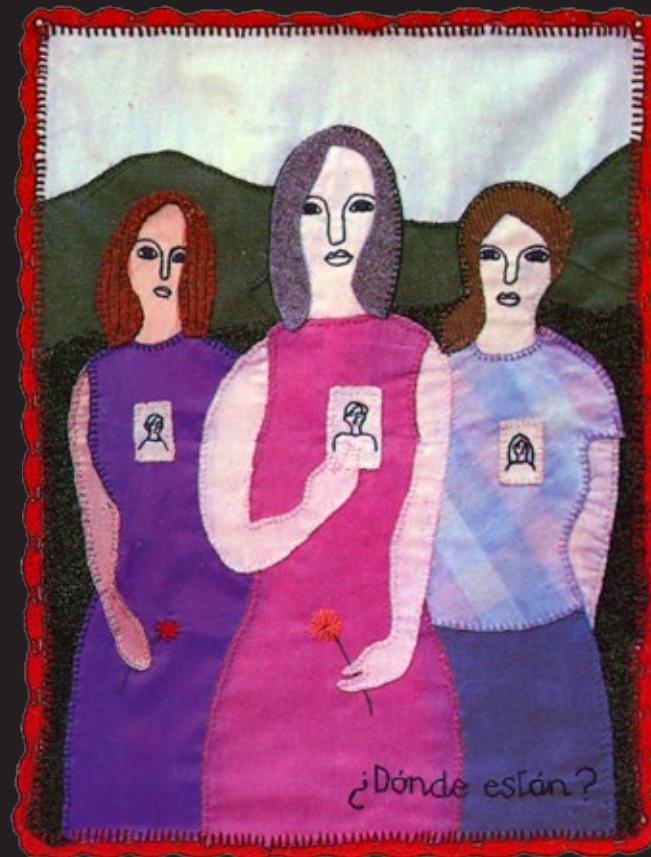
*El surgimiento de las arpilleristas de Peñalolén**

El mismo 11 de septiembre de 1973, con el Golpe de Estado que derrocó al gobierno encabezado por el Presidente Salvador Allende, comenzó a gestarse la historia de las arpilleristas de Peñalolén.

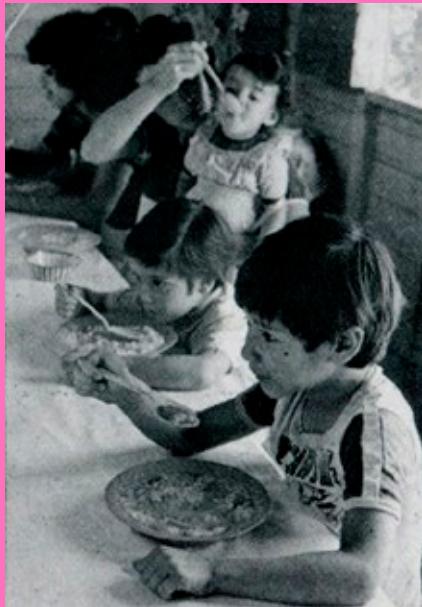
El gobierno militar conducido por Augusto Pinochet declaró estado de sitio y administró el poder según la lógica de un estado de guerra. La vida cotidiana correspondió a la de un país ocupado. Las garantías constitucionales fueron suspendidas y miles de chilenos y extranjeros fueron perseguidos.

Menos de un mes después de iniciada la dictadura, varias iglesias presentes en Chile –Católica, Ortodoxa, Metodista y Pentecostal, entre otras evangélicas, y la Comunidad Judía– respondieron al horror dictatorial creando, el 6 de octubre, el Comité de Cooperación para la Paz en Chile (también conocido como Comité Pro Paz y como COPACHI), que fue copresidido por el Obispo católico Fernando Ariztía y el Obispo luterano Helmut Frenz. La entidad ecuménica, que se instaló en una casona de la calle Santa Mónica, en el centro de Santiago (y llegó a tener más de veinte oficinas a lo largo del país), surgió para atender a quienes el acontecer político había puesto en situación de necesidad o peligro, amparando en especial a aquellos más directamente violentados por la represión.

* *Investigación y redacción de Adolfo Albornoz*



¿Dónde están?



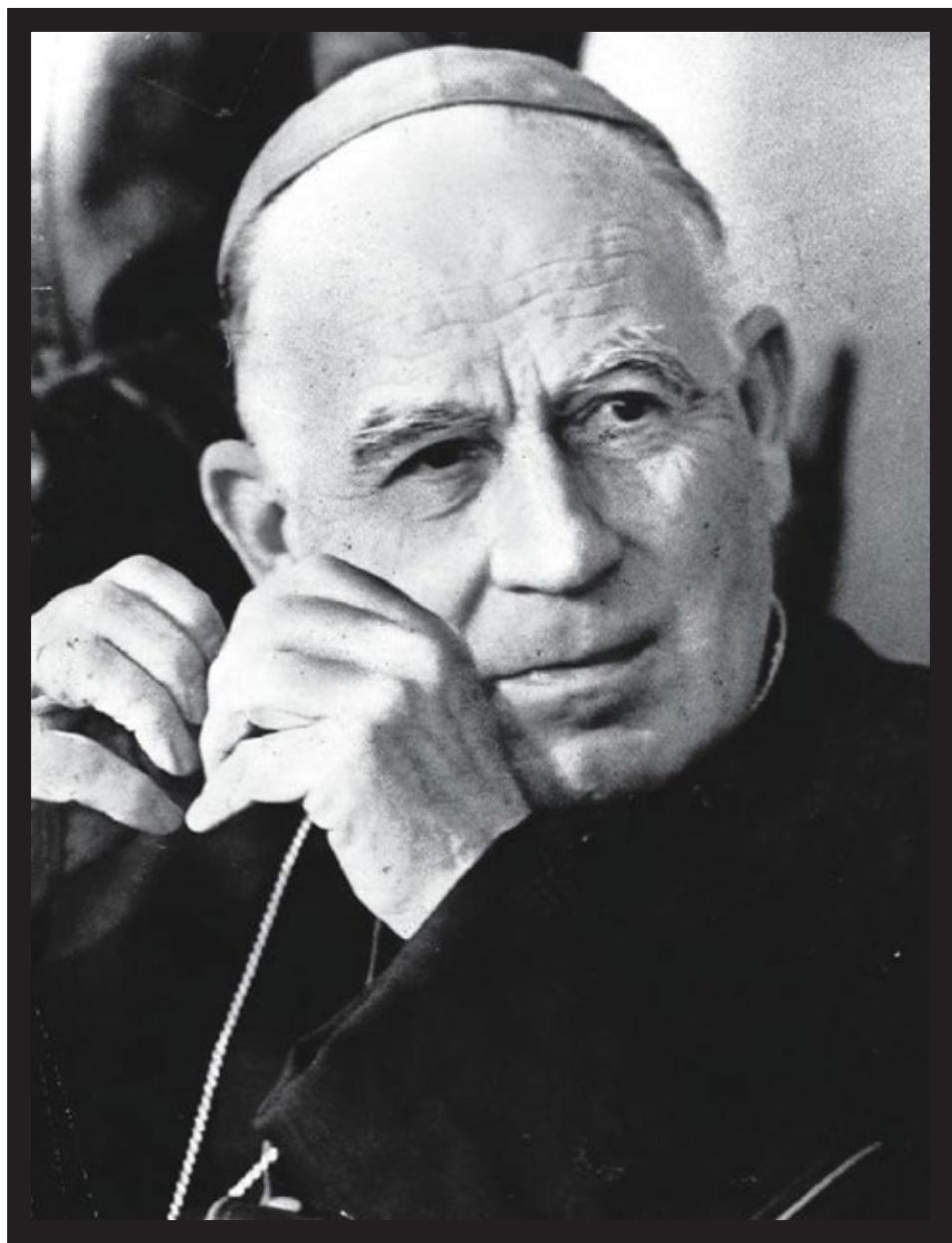
El Comité también entregó el financiamiento basal y diversos profesionales dieron la asistencia técnica para iniciativas laborales como talleres y microempresas que ayudaron a paliar las penurias resultantes del desempleo o la ausencia de quien habitualmente proveía el sustento económico familiar. Además promovió iniciativas asistenciales comunitarias como los comedores infantiles y las bolsas de trabajo para cesantes.

Algunos profesionales fueron invitados a trabajar en el Comité Pro Paz y otros llegaron por propia motivación a prestar ayuda. La cantidad de colaboradores aumentó junto con el volumen y la complejidad de los casos. Nada estaba preparado. El encuentro con las víctimas del autoritarismo y sus necesidades dio forma al quehacer del Comité, a sus departamentos y programas orientados a cuestiones jurídicas, laborales y asistenciales, entre otras.

Mientras los abogados defendían jurídicamente a apresados, procesados y condenados –por ejemplo, en los consejos de guerra–, presentaban recursos de amparo y solicitaban ministros en visita para obtener noticias sobre aquellos cuyo paradero se desconocía, los procuradores y trabajadores sociales asistían legalmente a los suspendidos o despedidos de sus trabajos por razones políticas. Los sacerdotes, las religiosas y laicos procuraban el asilo en embajadas de los perseguidos que mayor riesgo corrían, mientras que los sociólogos, periodistas y otros profesionales documentaban la injusticia en general y las violaciones a los derechos humanos

en particular y así además recababan información sobre los desaparecidos. Los médicos, las enfermeras y paramédicos atendían la salud de quienes no tenían acceso a servicios regulares y los sicólogos acompañaban y contenían emocionalmente a los familiares de los detenidos, desaparecidos y asesinados. La necesidad de atención de salud física y sicológica fue aún más imperiosa para los ex detenidos, más cuando habían sido sometidos a tortura. En algunas provincias se requirió un trabajo específico adicional: asistir a los relegados.

El Comité también entregó el financiamiento basal y diversos profesionales dieron la asistencia técnica para iniciativas laborales



Muchas de las víctimas de la represión buscaron espacios de comunión donde conjurar el dolor y el terror. El Comité les ofrecía la posibilidad de encontrarse con personas aquejadas por situaciones similares. Entre ellos la socialización de información resultó vital. Así se desarrolló una significativa conciencia colectiva de solidaridad ante injusticias compartidas.

como talleres y microempresas que ayudaron a paliar las penurias resultantes del desempleo o la ausencia de quien habitualmente proveía el sustento económico familiar. Además promovió iniciativas asistenciales comunitarias como los comedores infantiles y las bolsas de trabajo para cesantes. En el marco de esta red de asociatividad solidaria los talleres de arpilleras llegaron a ser una de las experiencias más trascendentes.

Muchas de las víctimas de la represión buscaron espacios de comunión donde conjurar el dolor y el terror. El Comité les ofrecía la posibilidad de encontrarse con personas aquejadas por situaciones similares. Entre ellos la socialización de información resultó vital. Así se desarrolló una significativa conciencia colectiva de solidaridad ante injusticias compartidas.

La gran mayoría de quienes fueron apresados o hechos desaparecer durante los años siguientes al Golpe de Estado fueron hombres adultos y adultos jóvenes. La organización social en torno a ellos, por ejemplo, para visitar a los detenidos y conseguir su libertad o para encontrar a los desaparecidos y establecer la verdad, fue mayormente obra de mujeres. Las madres, esposas, hijas y hermanas lideraron la denuncia de la brutal represión. Y la Agrupación de Familiares de Detenidos

Desaparecidos llegó a ser un emblema de la oposición a la dictadura. Dentro del quehacer de estas mujeres, las arpilleras –como aquellas que hasta hoy confeccionan las artesanas de Peñalolén–, comenzaron teniendo un sentido cuasiterapéutico y terminaron desempeñando un rol político esencial. Fueron durante la dictadura, a los ojos de Chile y el mundo, y lo han seguido siendo hasta hoy, uno de los más sensibles, densos y complejos registros de la política del terror.

La hostilidad del gobierno militar hacia el Comité Pro Paz se hizo sentir desde el primer día a través de la prensa afín a la dictadura. Pronto algunas de sus iglesias constituyentes fueron amenazadas con ver revocada su autorización para operar en Chile. De hecho, en octubre de 1975 se anuló el permiso de permanencia y prohibió el ingreso al país al Obispo Frenz. Georgina Ocaranza, secretaria del Comité, fue apresada. Lo mismo ocurrió al Padre Fernando Salas, primer secretario ejecutivo del organismo, y a José Zalaquet, director de su área jurídica, quien luego de casi tres meses prisionero fue expulsado del país. Teniendo a más de una decena de sacerdotes, abogados y otros colaboradores detenidos, Pinochet pidió en persona y también por escrito al Cardenal Raúl Silva Henríquez la disolución del Comité. El Arzobispo de Santiago, quien había patrocinado su creación, aceptó y el Comité de Cooperación



Diminutas herramientas –martillos, palas, serruchos y más– talladas en hueso (el que a veces sobraba de una sopa), pequeñas figuras de trabajadores –mineros, obreros industriales y campesinos, entre otros– talladas en madera, y diversos motivos ornamentales repujados o calados en monedas viejas ya sin valor, formaron parte del repertorio de la artesanía carcelaria.



Teniendo a más de una decena de sacerdotes, abogados y otros colaboradores detenidos, Pinochet pidió en persona y también por escrito al Cardenal Raúl Silva Henríquez la disolución del Comité. El Arzobispo de Santiago, quien había patrocinado su creación, aceptó y el Comité de Cooperación para la Paz en Chile dejó de existir el 31 de diciembre de 1975. Pero al día siguiente, 1 de enero de 1976, comenzó a funcionar la Vicaría de la Solidaridad, cuyas oficinas centrales estuvieron alojadas en el Palacio Arzobispal, frente a la Plaza de Armas de Santiago.

para la Paz en Chile dejó de existir el 31 de diciembre de 1975. Pero al día siguiente, 1 de enero de 1976, comenzó a funcionar la Vicaría de la Solidaridad, cuyas oficinas centrales estuvieron alojadas en el Palacio Arzobispal, frente a la Plaza de Armas de Santiago. La nueva institución recogió y profundizó la acción del extinto Comité –por esto, por ejemplo, potenció el trabajo de las arpilleristas– y así se convirtió en uno de los mayores símbolos de la oposición a la dictadura.

En las visitas a las cárceles, los centros de detención y campos de concentración, los trabajadores del Comité Pro Paz descubrieron las artesanías y manualidades que algunos prisioneros comenzaron a realizar para ayudarse a sobrellevar el encierro y otros vejámenes. Primero clandestinamente y luego mediante engorrosos permisos arrancados a las autoridades militares, estos trabajos lograron salir de los espacios de reclusión.

Diminutas herramientas –martillos, palas, serruchos y más– talladas en hueso (el que a veces sobraba de una sopa), pequeñas figuras de trabajadores –mineros, obreros industriales y campesinos, entre otros– talladas en madera, y diversos motivos ornamentales repujados o calados en monedas viejas ya sin valor, formaron parte del repertorio de la artesanía carcelaria. Ésta

impactó como testimonio y denuncia de la represión. Y pronto, gracias a su circulación a través de las redes de solidaridad con el pueblo chileno que se multiplicaron por el mundo, devino también una inesperada y valiosa fuente de ingresos. El dinero obtenido con cada pieza vendida, por ejemplo, en Europa, fue entregado en Chile a la familia del prisionero que la había confeccionado. La producción de artesanía carcelaria, entonces, creció, y también lo hizo el dispositivo de apoyo a la elaboración y circulación de la misma.

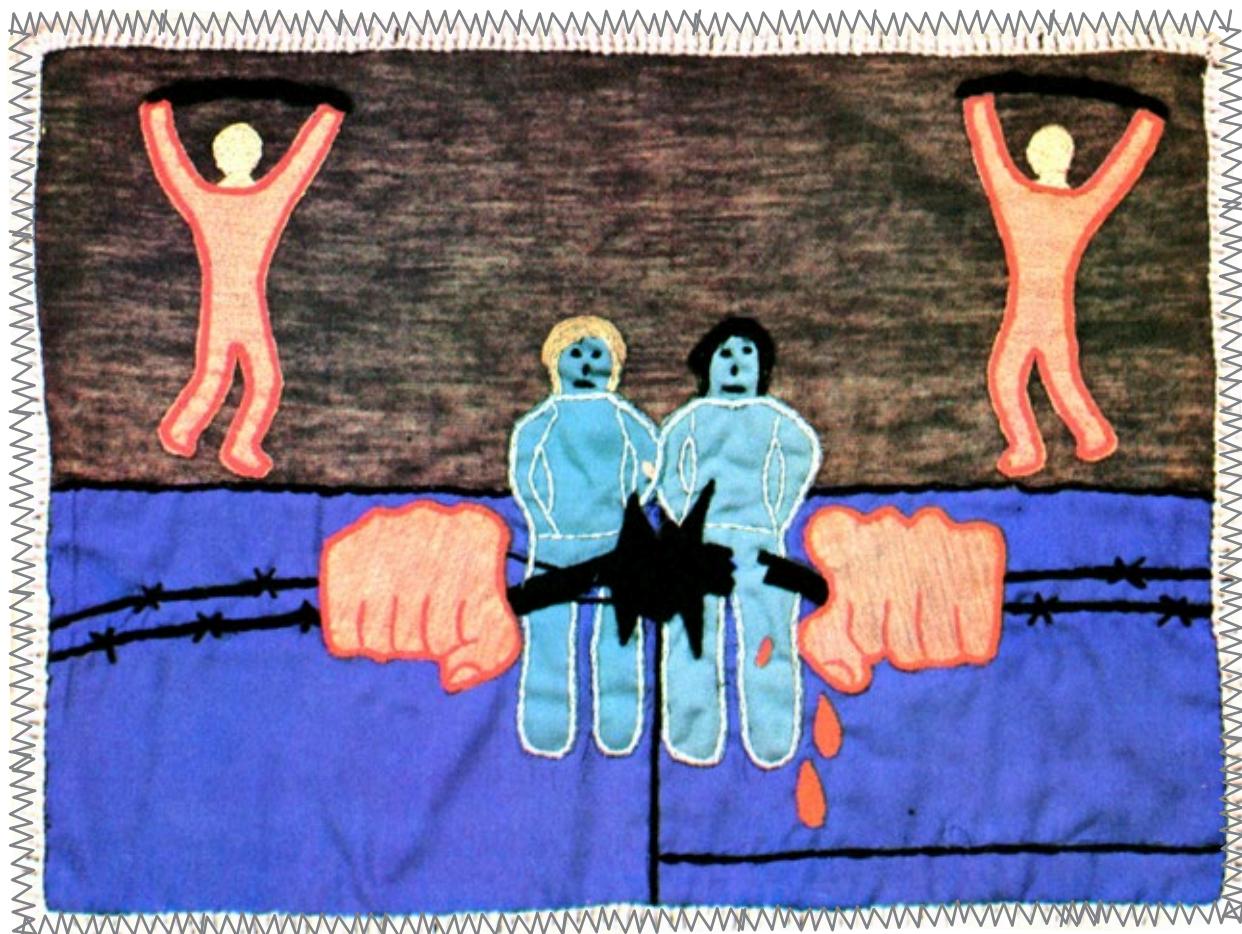
A la cesantía proveniente de la persecución política, rápidamente se sumó el desempleo derivado de la crisis económica producida por el modelo económico y social implementado por la dictadura cívico-militar. Siendo así, el apoyo a la realización de ciertos trabajos manuales y a la producción artesanal adquirió mayor relevancia dentro del quehacer general (legal, asistencial, médico, documental, etc.) desarrollado por instituciones como la Vicaría de la Solidaridad, la Fundación de Ayuda Social de la Iglesias Cristianas (FASIC) y la Fundación para la Protección de la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (PIDEE), entre otras.

En tiempos de miseria y hambre, cuando la desnutrición infantil y el raquitismo comenzaron a multiplicarse en las poblaciones periféricas de

Santiago y otras ciudades del país, proliferaron los comedores infantiles y las ollas comunes donde miles de pobladores encontraron durante años un sustento diario mínimo. A la par, y como parte del mismo proceso histórico, emergieron los talleres de artesanías donde cientos de trabajadores, mayoritariamente mujeres, se procuraron un mínimo ingreso mensual. En algunos casos, el trabajo realizado por los prisioneros dentro cárceles y otros centros de detención sirvió de inspiración e incluso como modelo, aunque siempre siendo reelaborado en sus formas y contenidos, soportes y formatos. Lo mismo ocurrió con las arpillerías a las que dieron vida las madres, esposas, hijas y hermanas que integraban la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Fueron el antecedente inmediato para el surgimiento del Taller de Arpilleras de Lo Hermida y del Taller de Arpilleras de La Faena –y muchos otros en diversas zonas de la capital y algunas provincias–, que funcionaron durante más de tres décadas al alero de la Vicaría de la Solidaridad y su heredera, la Fundación Solidaridad.

En los talleres de Lo Hermida y La Faena, hace cuarenta años, se iniciaron en este oficio las artesanas que hoy son conocidas como las Arpilleristas de Peñalolén. Al registro del Golpe de Estado y la denuncia de las violaciones a los derechos humanos, tópicos que recogieron de las primeras arpilleristas, con los años sumaron el retrato de la cotidaneidad popular durante la dictadura, el comentario sobre diversas facetas de la transición y la posdictadura, y la observación de algunas problemáticas que hoy enfrenta Chile. Así, a través de los saberes y prácticas que soportan la producción de arpillerías, sobre las que a su vez se sostiene una particular visión del mundo, estas artesanas dan cuenta de un patrimonio cultural inmaterial que las ha llevado a ser valoradas como Tesoros Humanos Vivos.

En tiempos de miseria y hambre, cuando la desnutrición infantil y el raquitismo comenzaron a multiplicarse en las poblaciones periféricas de Santiago y otras ciudades del país, proliferaron los comedores infantiles y las ollas comunes donde miles de pobladores encontraron durante años un sustento diario mínimo. A la par, y como parte del mismo proceso histórico, emergieron los talleres de artesanías donde cientos de trabajadores, mayoritariamente mujeres, se procuraron un mínimo ingreso mensual.





CAPÍTULO I

PATRICIA HIDALGO

Arpillerista de Peñalolén
Historia de vida*



En el taller empecé rematando y después, de a poco, el gringo –el jefe– me empezó a meter en las máquinas. Yo era singerista –no sé cómo le dirán ahora a ese trabajo. Trabajé un buen tiempo en las Singer.



Mi mamá era lavandera. Cuando se murió mi papá, me llevó a trabajar con ella en una casa. Yo tenía como diez años. Me llevó para que le ayudara a la señora, a la patrona de la casa donde ella lavaba. Antes, cuando no había lavadoras –como ahora–, se usaban unas tinas grandes para eso. Ahí mi mamá lavaba de rodillas. Cuando se fue me dejó trabajando y viviendo sola en ese lugar. Hasta como los trece años pasé de una casa a otra porque yo no era muy buena para lo doméstico. Despues entré a una industria. Mi hermana trabajaba en un taller y me llevó. Me gustó más la costura que ser dueña de casa –todavía me gusta más salir que estar en la casa. En el

taller empecé rematando y después, de a poco, el gringo –el jefe– me empezó a meter en las máquinas. Yo era singerista –no sé cómo le dirán ahora a ese trabajo. Trabajé un buen tiempo en las Singer. Al comienzo estábamos en Macul, cerca del Pedagógico. Despues el taller se trasladó, estuvimos en Avenida Matta con San Isidro. En eso estaba cuando llegué a vivir a Peñalolén.

Antes viví varios años cerca de Príncipe de Gales y Nocedal. Había sitios inmensos por ahí. Uno vivía años en un lugar, hasta que le decían: -¿Sabe?, vamos a construir. Y entonces uno se cambiaba a otro sitio. No había los problemas de ahora de vivienda porque había mucho espacio. Despues nos fuimos

a Macul, donde igual vivimos harto tiempo. Teníamos casa de madera, así que nos llevábamos –por decirlo así– la casa al hombro, de un sitio a otro. Cuando estábamos allá mi papá se murió y nos cambiamos donde una comadre de mi mamá. Mi mamá se enfermó del pulmón y estuvo casi dos años en el hospital. Ella no tenía familiares en Santiago, sí en el norte, pero no había mayor relación. Nadie se acercó. Éramos chicos, quedamos solas con mi hermana y a los hermanos menores los internaron. Nunca tuvimos a quien recurrir. Mi mamá siempre decía: -Mi única familia son ustedes –mis hermanos, mi hermana y yo.

Mi mamá se había metido a una Operación Sitio. Como siempre



Cuando estábamos limpiando el sitio y qué sé yo, conocí a mi marido. Esto fue en 1968, yo tenía dieciséis años. Ese mismo año me casé, el 69 tuve a mi primera hija y al poco tiempo dejé de trabajar en el taller del centro y me quedé en la casa.

pasaba –parece–, un conocido la llevó a ese comité. Y como estaba enferma y estuvo hospitalizada, con mi hermana íbamos a las reuniones y hacíamos todo. Le salió un sitio en La Faena. Parece que compraron terreno por acá y se lo asignaron al comité donde estábamos, así que cuando nosotras llegamos veníamos con el número del sitio listo. Nos vinimos con unas puras tablas. Me acuerdo que unos vecinos nos hicieron dos piezas, pero no teníamos techo. Pusimos unas frazadas. ¡Había un viento! Cruzábamos los dedos para que no fuera a llover. Después a mi mamá le regalaron o vendieron más baratos –no recuerdo– unos pizarreños. Cuando estábamos limpiando el sitio y qué sé yo, conocí a mi marido. Esto fue en 1968, yo tenía dieciséis años. Ese mismo año me casé, el 69 tuve mi primera hija y al poco tiempo dejé de trabajar en el taller del centro y me quedé en la casa.

Yo me casé, pero seguí viviendo con mi mamá –todos mis hermanos también estaban ahí. Ya había tenido a mi hija mayor y con mi marido vivíamos ahí, pero teníamos una pieza aparte. Me metí a un comité para la vivienda. Me llevó un vecino. En eso estaba, viendo qué iba a pasar, cuando vino la toma de lo que ahora es Lo Hermida y me vine para acá. Esto fue en 1970. No fui de las primeras, pero llegué al comienzo. Como en tres días llegamos casi todos. Muchos veníamos de La Faena. Yo lo había conversado en la noche con mi marido, pero él no quería venirse a la toma. Me dijo: -No nos vamos a ir por esto, por esto otro y qué sé yo. -Ya –dije yo. Pero después me fue a buscar una vecina que todavía vive aquí, a un sitio por medio de mi casa. Yo le dije: -No porque mi esposo no quiere. Su esposo tampoco quería venirse a la toma. Pero ella me dijo: -No, ¡cómo nos vamos a quedar! Nos vamos no más. Yo ya tenía una libreta Corvi para la vivienda y estaba en el comité de los sin casa, pero pensé: -Pucha, se va a llenar y nos vamos a quedar sin sitio. -Ya, está bien –le dije. Otra

vecina me pasó unos palos y yo me traje un cubrecama de dos plazas. Llegamos tres vecinas juntas, solas. Y en la noche apareció mi marido. No sé cómo él y mi compadre –que era mi cuñado– desarmaron la pieza que teníamos donde mi mamá, la echaron en un camión y aquí la volvieron a armar.

Me acuerdo de la primera noche que llovió en Lo Hermida: dormí a pata suelta. Pero al otro día, cuando me levanté, veo a mi vecina con sus niños debajo de unos plásticos. Yo, con el barro hasta las rodillas, pensaba: -¡Qué terrible! Tuve la suerte de que mi mamá vivía en La Faena, o sea –por así decirlo–, al frente. Entonces, al comienzo no me traje a mi hija, se quedó allá con ella. Todos los días me levantaba, me sacaba los zapatos y me iba a pies pelados para allá. ¡Llegaba toda embarizada! En la mitad del pasaje de mi mamá había una llave, ahí me lavaba los pies. Como en ese tiempo era lola, me daba un poco lo mismo. Pero la verdad es que todo era bien complicado para los que vivíamos en la toma. Por ser, salir en el barro a buscar agua era terrible. Con los años, de a poco se fue arreglando la cosa –en el gobierno de Allende alcanzamos a tener los sitios regularizados. Y nos quedamos para siempre. Aquí nacieron todas mis otras hijas, aquí vivo hace más de cuarenta años y aquí me voy a morir.

Cuando me casé, a mi esposo no le gustaba mucho que yo trabajara, que me demorara en llegar. Se ponía pesado. Así que un día dije: -¡Ya!, no trabajo más. Y renuncié al taller donde era singerista. Y entre 1970 y el 73, como él ganaba bien y no pasábamos aperturas, me quedé sólo de dueña de casa. Además, teniendo guaguas era difícil salir a trabajar. Pero después del 73 nos cambió la vida. Mi marido trabajaba en una industria. Siguió ahí como treinta años o más y ahí mismo se jubiló. Pero en esa época pasó un buen tiempo trabajando dos semanas al mes no más. No tengo idea por qué. Pero me acuerdo que cuando ya

teníamos cuatro niños se nos hizo bien complicado. Yo tuve a todas mis hijas entre 1969 y el 75, una cada dos años: cuando de edad tenía diecisiete, diecinueve, veintiuno y veintitrés –y la segunda me salió super enfermiza, pasaba con ella en el hospital. Entonces, faltaba la plata. Y cuando vi a mi marido muy afligido, sin saber qué más hacer, como no nos alcanzaba y no podíamos seguir así, empecé a hacer arpilleras.

Esto de las arpilleras empezó después del Golpe de Estado. Ahí fue cuando comenzó mi mamá. Antes no se hacían por aquí. Lo que yo sé –lo que ha contado la señora Winnie Lira, que fue muchos años de la Vicaría de la Solidaridad y después de la Fundación Solidaridad– es que los primeros talleres de arpilleras se hicieron en la Vicaría. Fueron con los familiares de los detenidos. Las mujeres comenzaron a llegar muy angustiadas porque no sabían de sus familiares: de sus hijos, maridos, nietos y qué sé yo. En la Vicaría no hallaban qué hacer para ayudarlas con algo así como una terapia. Y para que tuvieran la mente ocupada en otra cosa por un rato y no estuvieran sólo dándose vueltas en esa angustia tan terrible, a alguien se le ocurrió hacer este trabajo de las arpilleras: ir cortando, cosiendo y bordando imágenes. Después, cuando ya estaban funcionando en la Vicaría, llevaron las arpilleras a otras partes. Así llegó esto a Lo Hermida y de aquí pasó a La Faena. Alguien de la Agrupación de Familiares de Detenidos o de la Vicaría vino a enseñar a Lo Hermida –María Teresa, la compañera que me enseñó a mí, hablaba de una tal Valentina como profesora. Y después algunas compañeras de aquí, por ejemplo, una que se llamaba Manola, fueron a enseñar a La Faena. Con ella aprendieron mi mamá y mi hermana, que fueron de las primeras –mi hermana conoce mejor la historia de las primeras arpilleristas. Y cuando unas pocas aprendieron bien, nos fueron enseñando a las nuevas que fuimos llegando. Yo vivía en Lo Hermida, pero había sido de La Faena, mi mamá estaba allá y yo iba todos los días donde ella, así que por eso entré al taller de allá.

A mi esposo no le gustaba mucho que yo trabajara, que me demorara en llegar. Se ponía pesado. Así que un día dije: -¡Ya!, no trabajo más.

Y renuncié al taller donde era singerista. Y entre 1970 y el 73, como él ganaba bien y no pasábamos apreturas, me quedé sólo de dueña de casa. Además, teniendo guaguas era difícil salir a trabajar.



En La Faena primero había una Bolsa de Cesantes que derivó en las arpillerías. Como se empezó a poner muy mala la cosa, en la iglesia, la Capilla San Carlos, empezó a funcionar esta Bolsa de Cesantes. Mi mamá y mi hermana participaban. Hacían blusas, camisas de niños, cinturones, bolsas para el pan y varias cosas más. Parece que la Vicaría ayudaba con algo de los materiales. De a poco algunas señoras empezaron con las arpillerías –quizás tenían más venta que lo otro, no sé. Y por ahí por 1974 o 75 se armó el taller de La Faena y ya solamente se hacían arpillerías. En ese tiempo yo

estaba en el PEM. Al lado del consultorio –donde ahora está la Casa de la Familia–, en una salita pusieron unas máquinas y nos llevaron para que cosiéramos. Al principio hacíamos pijamas y después ropa de muñeca. Yo veía lo que hacía mi mamá, pero a mí las arpillerías no me gustaban. O sea, no me llamaban la atención. ¡Yo de bordar no tenía idea! Yo sabía coser. Como había trabajado en talleres de costura, con máquinas industriales, era buena para pasar la máquina. Con mi hermana les hacíamos ropa a todas las niñas. Ella sabía cortar y las dos cosíamos. Hacíamos



Más que aprender a bordar, ella quería que yo me diera cuenta de las cosas. Quería que saliera a la calle y viera, que aprendiera a ver. -¿Qué voy a ver? -le decía yo. Me respondía: -Casas, cabros chicos, perros, de todo. -Pero mira, cabezona -así me decía ella-, una casa nunca es igual a otra. Hay una más arriba, otra más abajo. En esta hay un parrón, en la otra no y en esa otra hay un árbol. -Los árboles no son todos iguales -decía- y con las calles es lo mismo. Yo le hacía caso y salía a mirar. Y después la entendí. ¡Tenía razón!.

vestidos. Y cuando ya iban al colegio les hacíamos delantales, camisas, jumper. Incluso un tiempo hice pantalones. La gente que vivía aquí cerca de repente me traía un pantalón y yo lo arreglaba y sacaba otro. Era pantalonera. Pero, bueno, llegó un minuto en que había que darles de comer a cuatro niñas y tener todo lo necesario para ellas. Y con lo que ganaba mi marido no alcanzaba. Así que me vi en la necesidad de hacer arpillerías. Entonces, yo empecé un par de años después de que el taller ya estaba hecho, como en 1976 o 77.

Cuando entré al taller de arpillerías, mi mamá y mi hermana ya estaban –aunque mi hermana no siguió mucho tiempo porque entró a trabajar a una fábrica. Pero yo no sé por qué a mí no me enseñaron ellas. Me enseñó otra compañera: María Teresa –ya falleció, era mayor que yo. Ella aprendió en Lo Hermida cuando vinieron de la Vicaría a enseñar. Fue de las primeras. Y como era de La Faena, se quedó en este taller. Me costó aprender. Es que yo empecé desde cero. No sabía nada y ella me retaba –al comienzo me molestaba mucho eso y como que no quería nada con ella. Era muy exigente. Más que aprender a bordar, ella quería que yo me diera cuenta de las cosas. Quería que saliera a la calle y viera, que aprendiera a ver. -¿Qué voy a ver? -le decía yo. Me respondía: -Casas, cabros chicos, perros, de todo. -Pero mira, cabezona -así me

decía ella–, una casa nunca es igual a otra. Hay una más arriba, otra más abajo. En esta hay un parrón, en la otra no y en esa otra hay un árbol. -Los árboles no son todos iguales –decía– y con las calles es lo mismo. Yo le hacía caso y salía a mirar. Y después la entendí. ¡Tenía razón! Ella era muy creativa. ¡Tenía una imaginación! Su hermana también, pero yo sólo trabajé con ella.

Cuando fui aprendiendo, con la María Teresa nos hicimos super amigas y después trabajábamos juntas. Pasábamos días enteros cosiendo, bordando y copuchando. También trabajábamos con mi mamá, las tres. Armábamos juntas en la casa de la María Teresa. Otras veces una armaba, la otra cosía. Y siempre mi mamá en su casa se encargaba de los monos –como ya no veía mucho por los problemas a la vista que tuvo, ya no cosía, no bordaba, sólo hacía monos. Y nosotras forrábamos. Pero terminábamos la arpilla entre las tres. íbamos viendo juntas los detalles. A veces ninguna arpilla era de ninguna de nosotras, o sea, todas eran de todas. Otras veces trabajábamos juntas, incluso a mi mamá le ayudábamos harto, pero cada una sabía cuál era su arpilla. Nunca tuvimos problemas de que estas son tuyas y estas mías. Juntábamos todos los géneros, todos los materiales y trabajábamos. Y como la María Teresa era muy creativa, le dábamos forma a

A veces ninguna arpillera era de ninguna de nosotras, o sea, todas eran de todas. Otras veces trabajábamos juntas, incluso a mi mamá

le ayudábamos harto, pero cada una sabía cuál era su arpillera. Nunca tuvimos problemas de que estas son tuyas y estas mías. Juntábamos todos

los géneros, todos los materiales y trabajábamos. Y como la María Teresa era muy creativa, le dábamos forma a cualquier idea que queríamos.

cualquier idea que queríamos. Y nunca nos devolvían una arpillera. Así empecé yo. Después ella entró a trabajar, le cambió la vida y no hizo más arpilleras. Mi mamá dijo que no quería más con esto porque estaba cansada y ya no veía. Y yo me acostumbré a trabajar sola, siempre en la noche porque en el día hacía las cosas de la casa, veía a mis hijas y había actividades por ahí.

Las arpilleras las entregábamos en el taller. En la Capilla San Carlos prestaban el espacio. Nos reuníamos una vez a la semana. Cada uno llevaba lo que había podido hacer en su casa. Conversábamos, veíamos qué tema había hecho cada una y cuáles otros se podían hacer. En cada taller había una o dos personas encargadas: el equipo –así se les decía. Cuando yo entré, la encargada era Ana Pacheco –ya murió, casi todas las primeras, las mayores, se han ido muriendo. La gente del equipo tomaba las arpilleras, anotaba cuántas había llevado cada persona y partía a entregarlas. Así que la mayoría no teníamos mucho contacto con la Vicaría –yo a veces acompañaba a la señora Ana Pacheco, así empecé a conocer la Vicaría y fui de las últimas del equipo de La Faena. Al comienzo las arpilleras se entregaban en un lugar en la Plaza Ñuñoa, después en Los Alerces y después directamente en la Vicaría. Luego las mismas personas del equipo iban a buscar la plata. Se

repartía según lo que había hecho cada una: si yo hacía dos, me pagaban dos. Teníamos precios fijos, así que no había problema con eso. Y cada una conocía su trabajo. Si venía una de vuelta, se sabía de quién era. Y al tiempo ya todas ubicábamos los trabajos de cada una, no había cómo confundirse. Entonces, en el taller más que nada se organizaba la cosa. De repente se le explicaba a alguien cómo hacer algo, se le enseñaba, pero no se iba mucho a trabajar. También de repente iban gringos, por medio de la Vicaría llegaban extranjeros que nos sacaban fotos con las arpilleras. Pero yo nunca salía o salía tapándome. Me daba susto. De repente igual se hacía alguna actividad. Para la Pascua, para los niños se hizo alguna convivencia. Se hicieron onces para los niños.

La plata que empezamos a ganar era importante para nosotras. A fin de mes también dependíamos de esto. En mi caso, aunque mi esposo trabajaba, siempre faltaba. Teniendo cuatro niños, si se le compraban zapatos a una, faltaba para la otra. Entonces, lo de la arpillera servía para completar, también para comprar leche, pagar el agua o lo que sea. Y a mí siempre me ha gustado tener mis pesitos, aunque sean pocos, pero míos. Porque cuando uno piensa en algo para la casa, si no dispone de su plata, le dicen: -¡Pero cómo vamos a comprar

Pienso que para todas fue importante tener su plata. La María –María Madariaga, la única otra compañera que actualmente sigue haciendo arpillerías junto conmigo– dice que con esto construyó su casa. Incluso, en La Faena, pero en otro lugar, después funcionó un taller de hijas de arpilleristas. Así las niñas también podían decir: -Voy a hacer una arpilla y con la plata me voy a comprar tal cosa. Era su plata, así que ellas decidían.

esto y qué sé yo! En cambio así una puede decir: -Es mi plata y vamos a hacer tal cosa con esto, es mi decisión. Así que todavía dependo de las arpillerías, aunque ya no trabajo como antes. Pienso que para todas fue importante tener su plata. La María –María Madariaga, la única otra compañera que actualmente sigue haciendo arpillerías junto conmigo– dice que con esto construyó su casa. Incluso, en La Faena, pero en otro lugar, después funcionó un taller de hijas de arpilleristas. Así las niñas también podían decir: -Voy a hacer una arpilla y con la plata me voy a comprar tal cosa. Era su plata, así que ellas decidían. Tres de mis hijas hicieron arpillerías –la otra hacía bicicletas, igual ganaba con eso. Después crecieron y ya no quisieron seguir –aunque si estoy apurada con una entrega, igual alguna me ayuda. Pero ninguna de las hijas de arpilleristas de ese taller siguió en esto como por harto tiempo.

La Vicaría también nos ayudó con otras actividades como grupo. Por ejemplo, nos hicieron unos talleres de costo para que una pudiera saber cuánto era el presupuesto para las arpillerías: cuánto se gastaba en hacer una según el porte y cuánto se debía cobrar por el trabajo. La Vicaría nos apoyó un montón, nos hizo crecer y no sólo en la parte monetaria. Hacíamos jornadas. Me acuerdo de unos talleres de desarrollo personal que nos hicieron. Había un problema

grande. En muchas casas a los hombres no les gustaba que la mujer hiciera arpillerías, que fuera a reuniones, que saliera a la calle. Y había compañeras a las que les pegaban. Se veía mucho eso. Entonces, para ellas –y en realidad para todas– sirvieron mucho los talleres de autoestima, de ayuda para la mujer.

A mí se me abrió un mundo con las arpillerías. Gracias a esto aprendí a mirar lo que pasaba en la calle, la población, en Santiago y el país. Y muchas cosas de las que me daba cuenta empecé a tratar de hacerlas en arpillerías. Las primeras eran de ollas comunes, comedores infantiles, consultorios. Eran cosas que ocurrían aquí, en la población. Nosotros hacíamos ollas comunes, nos ayudábamos haciendo pantrucadas en la calle –porotos no tanto. Y uno se amanecía haciendo fila en la puerta del consultorio, en la calle –ni siquiera abrían para que uno pudiera esperar adentro–, para conseguir un número para que la atendieran. También hacía arpillerías de cortes de agua y cortes de luz porque eran las cosas que pasaban aquí. Pero uno no se daba cuenta de que eso era un modo de denuncia. Yo no tenía idea. Yo sólo sabía que a través de la Vicaría las arpillerías se iban a vender y con esa plata iba a comprar pan. Cada una hacía lo que veía y como lo sentía no más. Pero sin otro significado, no como algo de protesta.

Después empecé a darme cuenta de que las cosas que uno hacía, decían algo.

Gracias a las arpilleras también pude conocer otras personas, otras realidades. En la Vicaría conocí harta gente. Eso me gustó. Uno siempre está en su mundo, con sus problemas y no sabe y ni se imagina lo que está pasando en otros lados. A veces uno cree que sus problemas, como los que teníamos en ese tiempo, son los más terribles. Pero no es así. Hay cosas mucho peores. Yo lo vi cuando conocí la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. No a todas, sino que algunas personas. Hasta ese momento mi realidad era que en mi casa había muchas necesidades básicas, por ejemplo, de comida. ¡Pero eso otro era terrible! –claro que años después, en mi familia igual tuvimos problemas de otro tipo, más serios; ahí cambia otra vez la perspectiva porque antes uno conocía el tema, casos, pero ahora ya no lo ve desde afuera. Cuando conocí señoras de la Agrupación me gustó empezar a hacer tribunales. Sabíamos que las mujeres y los familiares de los detenidos se encadenaban en los tribunales y que los pacos les cortaban las cadenas y les pegaban. Eso lo hacíamos en

arpilleras. Otra de las primeras que hice cuando conocí gente de la Agrupación era una donde en una mitad había un papá y una mesa con harta gente, o sea, la familia completa. Y en la otra mitad había una familia sin papá. Y encima yo le bordaba con mucho cuidado el texto “¿Dónde está?”.

Yo antes pensaba que el que nada hace, nada teme. Pero después descubrí que no es así. Nos llegaba la represión a todos, a moros y cristianos. Nos allanaban a todos por igual. Le pegaban a gente sin tener arte ni parte, los pacos se llevaban cabros en los furgones y qué sé yo. De eso también empezamos a hacer arpilleras. Me acuerdo que con la María Teresa hicimos una donde los milicos o los pacos –los hacíamos iguales no más, de verde– tenían a los chiquillos de espalda en una pared, los están revisando y les están apuntando con unas metralletas que hacíamos de cuero. Después yo hacía otra con la gente tirada en el suelo y los pacos encima, apuntándoles. En realidad, a veces la población pasaba más llena de milicos y de pacos que de gente. No sé si esta zona sería especialmente reprimida, pero en Lo Hermida y en La Faena hacíamos mucha arpilla de protesta para dar a conocer lo que estaba pasando aquí. Cada una las hacía a su manera, como creía

A mí se me abrió un mundo con las arpilleras. Gracias a esto aprendí a mirar lo que pasaba en la calle, la población, en Santiago y el país. Y muchas cosas de las que me daba cuenta empecé a tratar de hacerlas en arpilleras.

Las primeras eran de ollas comunes, comedores infantiles, consultorios. Eran cosas que ocurrían aquí, en la población.

Nosotros hacíamos ollas comunes, nos ayudábamos haciendo pantrucadas en la calle –porotos no tanto.



que le iban a salir mejor. Y la Vicaría las recibía sin problema. Que yo sepa, nunca dijeron: -Hagan más de esto o menos de esto otro.

La única vez que nos dijeron lo que podíamos hacer, o sea, que nos dieron un tema, fue cuando la Vicaría nos pasó unos cuadernillos para que leyéramos los Derechos Humanos. Querían que los estudiáramos. Y después cada una hacía una arpilla según como los interpretaba, como una pensaba que podía ser el artículo que eligiera. La María Teresa me decía: -Lee y piensa qué te imaginas tú con esto. ¡Y es increíble cómo se va desarrollando la capacidad para hacer cosas que antes uno piensa que no puede! No sé cómo se las arregló ella para dar la sensación de unas cortinas, pero en una arpilla hicimos un teatro con cortinas y todo. Parece que tenía relación con el derecho a la cultura o la entretenimiento o algo así. Y yo hice otra, también relacionada con los Derechos Humanos, que tenía unos niños –pero no recuerdo de qué se trataba.

Una vez –ahora me río, pero en ese momento fue horrible– andaba un helicóptero sobrevolando la población. Y yo andaba tan perseguida –no sé por qué– que pensé que estaba justo arriba de mi casa. -Me vienen a buscar –pensaba. ¡Tenía tanto miedo! Y a lo único que atiné fue a ponerme a lavar. Tenía una artesa. Miraba el helicóptero y

lo único que se me ocurría era escobillar y escobillar sin parar. Después, en la noche, me puse a hacer eso en una arpilla.

Las arpillas pasaron a ser como un diario de vida o un paño de lágrimas o de esperanza. Eran todo. Hice unas donde ponía las fábricas cerradas y decía "No hay vacantes". También sobre la contaminación del mar, con un tubo por donde caía una cuestión negra al mar. Hice las talas de los bosques. ¡Hacíamos tantas cosas! Una vez hice una con un mapa de Chile, le puse trigo, campo, peces, mar y otros productos y abajo bordé "Se vende". Muchos temas que hacía y textos que ponía los sacaba de las conversaciones en la casa. No con mi marido, él no se metía en esas cosas. Pero con mi mamá sí conversábamos harto. Ella iba mucho a la Vicaría. A veces pasaba más allá que en la casa. De repente comentaba cosas y después tratábamos de ir armándolas en una arpilla. Con mis hermanos también hablaba mucho y me enteraba de cosas. Una arpilla que me gustaba mucho hacer era de las torres, de cuando el Frente Patriótico Manuel Rodríguez tiraba las torres abajo y se cortaba la luz. Ponía la torre dada vuelta y hacía a los chiquillos con pañuelos, con capuchas, letras rojas y todo. Era entretenida de hacer. Y gustó, se vendió bastante. También me la encargaron varias veces. Incluso, para una exposición hice una y se vendió. Hasta que me dijeron en

La única vez que nos dijeron lo que podíamos hacer, o sea, que nos dieron un tema, fue cuando la Vicaría nos pasó unos cuadernillos para que leyéramos los Derechos Humanos. Querían que los estudiáramos. Y después cada una hacía una arpilla según como los interpretaba, como una pensaba que podía ser el artículo que eligiera. La María Teresa me decía: -Lee y piensa qué te imaginas tú con esto. ¡Y es increíble cómo se va desarrollando la capacidad para hacer cosas que antes uno piensa que no puede!



la Vicaría que no la hiciera más. No tengo idea por qué. Pero ahí me empezó a dar susto y no la volví a hacer.

No todo eran arpilleras de protesta. Yo también hacía cosas más normales. Una igual soñaba, se imaginaba cosas y eso trataba de irlo haciendo. La arpilla era una forma total de expresión. Por ser, me acuerdo que una vez salí y cuando venía de vuelta, desde la esquina del pasaje veo a través de la reja de mi casa una cabeza asomada para afuera. ¡Era una imagen tan rara! Y había un cabro parado afuera, en la vereda. Una de las chiquillas mías estaba pinchando con él. Llego yo y pregunto: -¿Qué pasó aquí? -Nada, mami –dijo ella–, si es un amigo del colegio no más. ¡Tenían una cara de susto! Y me causó tanta gracia que después lo hice en una arpilla: con la reja de mi casa y la cabeza de mi hija tal como eran –me da mucha risa cuando me acuerdo de eso. O sea, no sólo cosas malas o feas se hacían en las arpilleras, sino que todo tipo de vivencias, también bonitas. Yo trabajaba en la noche. Y de repente uno no tiene con quien conversar. A mi marido no le iba a contar lo de mi hija o un montón de otras cuestiones. Entonces, una va sacando sus cosas y poniéndolas en las arpilleras.

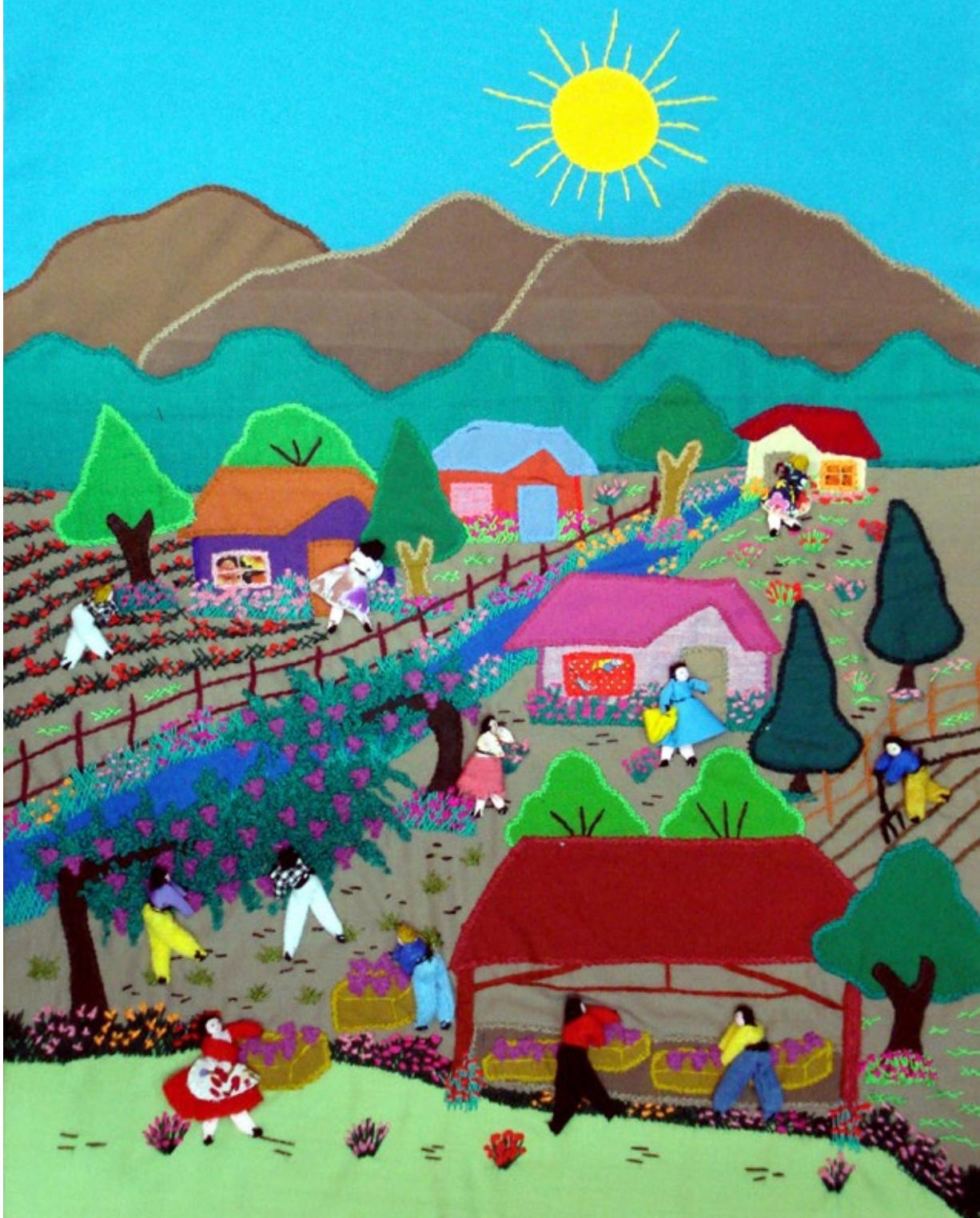
Yo apoyé a Allende. Voté por él, igual que mi mamá. Ella era allendista. No era ni socialista ni comunista ni nada,

mi mamá era allendista. Voté por Allende, pero nada más. Yo estaba en otras cosas, estaba ocupada con mis guaguas. No participaba en política. Y como que me daba lo mismo. No entendía. Aquí, inmediatamente después del Golpe, lo primero que hicieron fue llevarse a todos los hombres a unas canchas. Los tuvieron todo el día tirados de guata en el suelo. A mi marido también. Después la gente decía: -Falta fulano de tal. -Hay personas que no volvieron –decían. Mi marido estuvo ahí un día entero, mientras los milicos tomaban los antecedentes de todo el mundo y después lo soltaron. ¡Fue horrible! Y a pesar de eso, como que no reaccioné de inmediato. Yo recién vine a despertar gracias a la arpilla. Me abrió un mundo que no conocía o que no había querido ver –esto también influye: uno tiene que querer ver para poder darse cuenta de las cosas. Y entonces me largué.

Con la onda de las arpilleras, me empecé a juntar con algunas compañeras que eran como peleadoras, algunas del taller de Lo Hermida. Nos hicimos amigas –en ese tiempo conocí a la María, pero no teníamos mayor relación; parece que ella era más tranquila en ese momento. Con esa gente que fui conociendo empecé a salir de la casa y a participar. ¡Empecé a meterme con todo!, en todo lo que pude –aunque a mi esposo no le gustaba que saliera. A veces iba con mi mamá

La arpilla era una forma total de expresión. Por ser, me acuerdo que una vez salí y cuando venía de vuelta, desde la esquina del pasaje veo a través de la reja de mi casa una cabeza asomada para afuera. ¡Era una imagen tan rara! Y había un cabro parado afuera, en la vereda. Una de las chiquillas mías estaba pinchando con él. Llego yo y pregunto: -¿Qué pasó aquí? -Nada, mami –dijo ella–, si es un amigo del colegio no más.

¡Tenían una cara de susto! Y me causó tanta gracia que después lo hice en una arpilla: con la reja de mi casa y la cabeza de mi hija tal como eran –me da mucha risa cuando me acuerdo de eso. O sea, no sólo cosas malas o feas.



y con mi hermana también. íbamos a cuestiones en la población y afuera igual, en el centro. Uno tiene que vivir las cosas y no quedarse con lo que le cuentan. Fui conociendo otras realidades. Y las nuevas experiencias también las bordé. Hice arpilleras de protestas allá en el centro, de barricadas aquí en la población. Hice la marcha de los ataúdes y varios temas más. Me acuerdo que la primera arpilla de este tipo que vi, fue una vez que fui al centro, había una protesta en la Alameda, empezaron a tirar bombas y se hizo un incendio. Me llamó mucho la atención. Me quedé como helada. Y cuando volví le conté a la María Teresa: -Oye, fíjate que yo estaba ahí, se hizo fuego, pasó esto y esto otro. Mientras le hablaba empezó a cortar y armar. ¡Hizo en la arpilla lo mismo que le estaba contando! De repente la miro y le digo: -Oye, ¡pero si es lo mismo que yo vi! -Esa es la idea –me dijo–, mientras tú me contabas, yo me lo estaba imaginando. Con los años he ido entendiendo y tomando muy en serio lo que ella me quería decir. Para mí se trata de imaginarlo, pensarlo, sentirlo y hacerlo. Eso es una arpilla.

No todo lo hice en una arpilla. Me acuerdo de una noche en que cortaron la luz. Lo único que se veía eran las luces de los balazos que cruzaban la población. Mi hija estaba debajo de una mesa con ataque de pánico. De repente sentimos gritos

en la calle. Alguna gente empezó a salir a oscuras, con miedo a las balas. Y de pronto, ¡quedó un silencio! A don Manuel Roig le había llegado un balazo. Lo mataron en su casa. La señora de él, Ana Pacheco, era arpillerista de La Faena. Era amiga de mi mamá. Iba a la casa y don Manolo igual. Vivían cerca. Una de mis hijas era amiga de una hija de ellos, tenían la misma edad. Bueno, una arpilla de la muerte de él nunca la hice. A veces hay cosas que no y no no más. En cambio, tocó que justo en ese tiempo me habían pegado. Me quedé quietita por un rato. ¡Después tiritaba más cuando veía a los pacos! Y de eso sí hice una arpilla.

Igual que yo, mis hijas también salían a protestar, a veces conmigo –mi esposo nunca. Me acuerdo de una vez que mis hijas andaban solas por aquí, pero en otro lado. De repente les empezaron a disparar. Un cabro, conocido de ellas, les dijo: -¡Corran, corran! Las pescó, las metió en un pasaje y no les pasó nada. Pero a un niño que iba más atrás, Freddy, le llegó un balazo. Lo mataron. Freddy Palma, se llamaba. Eso tampoco lo hice en una arpilla. No sé por qué, hay cosas que no las podía hacer no más. Por ser, al marido de una vecina lo tomaron detenido y no se le vio más. Arturo Aguilera era el nombre de ese señor. Hasta el día de hoy figura como detenido desaparecido. Está en el Memorial de Peñalolén de

Mientras le hablaba empezó a cortar y armar. ¡Hizo en la arpilla lo mismo que le estaba contando! De repente la miro y le digo: -Oye, ¡pero si es lo mismo que yo vi!

-Esa es la idea –me dijo–, mientras tú me contabas, yo me lo estaba imaginando.

Con los años he ido entendiendo y tomando muy en serio lo que ella me quería decir. Para mí se trata de imaginarlo, pensarlo, sentirlo y hacerlo.

Eso es una arpilla.



víctimas de la dictadura –don Manuel y el Freddy también. Era conocido de nosotras. Uno de sus hijos era compañero de curso de una de mis hijas. Después sus hijos se hicieron amigos de mis hermanos. Eso, específico de él, tampoco lo bordé. Pero el caso de los degollados sí. Y fuimos al entierro de ellos. Fui con mi hija y mi mamá –parece. Pero esa arpilla la hice una vez no más. Porque uno también vive cosas o hace cosas que después quiere cerrarlas.

Todo lo que yo hacía, en lo que participaba duró hasta cuando Aylwin salió elegido presidente. Después, fuera de hacer arpillerías, no participé en nada más. Antes, el objetivo mío era ayudar un poquito –porque nadie lo iba a hacer solo, iba a ser entre muchos– a que se fuera Pinochet. Quería que se fuera él, que dejaran de andar milicos en la calle, que dejaran de meter susto. ¡Me daba rabia la falta de libertad! Uno no podía hablar ni con los vecinos. Había miedo. Si una vecina le tenía mala a una, sencillamente la acusaba de comunista y se la llevaban no más. Ni le preguntaban si era verdad o no. Yo supe de talleres donde hubo casos, pero aquí no. Por eso también me acostumbré a trabajar de noche. Porque hacer arpillerías era clandestino. En mi casa todavía no había ni reja ni llave, cualquiera llegaba y entraba. Entonces, en la noche cerraba, ponía una frazada o algo para que no se viera desde afuera y me amanecía cosiendo –ahora me quedo hasta la una de la

mañana y ya tengo los ojos irritados, no aguento. Y había que esconder las arpillerías. Cada una tenía su forma. Yo, como tenía hartas niñas y siempre estaban los cordeles con ropa, las colgaba debajo o las escondía entre la ropa de ellas que estaba guardada. Por eso también no les poníamos nombre ni nada. Y esa costumbre quedó para siempre. Hasta hoy una arpilla nunca lleva el nombre de quien la hizo. Aunque a partir de 1990, de a poco, este trabajo fue cada vez más abierto. Ahí también tuvimos que empezar a cambiar la manera de hacer las arpillerías.

Cuando se terminó la dictadura se acabó la Vicaría y empezó la Fundación Solidaridad. Ahí nos dijeron que teníamos que cambiar los temas y los materiales porque las arpillerías ahora iban a competir en un mercado. Iban a estar en una tienda, en el extranjero, con artesanías y arpillerías de otros lugares. Antes, cuando existía la Bolsa de Cesantes en La Faena, la Vicaría ayudaba con los materiales para las cosas que se hacían. Pero cuando se armó el taller de arpillerías se empezó a trabajar con puros desechos. De lo que uno tenía sacaba los materiales. Igual había unas cajas de la Vicaría donde se podía sacar lo que sirviera, pero eran puros retazos. La base la hacíamos con pedazos de pantalón, de camisa, faldas, lo que fuera. Para las lanas se desarmaba un chaleco que una tuviera. Si salían pedazos de un color y de otro no había problema. Además, esas primeras



Me acuerdo de una vez que mis hijas andaban solas por aquí, pero en otro lado. De repente les empezaron a disparar. Un cabro, conocido de ellas, les dijo: -¡Corran, corran! Las pescó, las metió en un pasaje y no les pasó nada. Pero a un niño que iba más atrás, Freddy, le llegó un balazo. Lo mataron. Freddy Palma, se llamaba. Eso tampoco lo hice en una arpilla. No sé por qué, hay cosas que no las podía hacer no más. Por ser, al marido de una vecina lo tomaron detenido y no se le vio más.

Arturo Aguilera era el nombre de ese señor.

arpilleras las cosíamos con puntadas gruesas, puntadas dobles y qué sé yo y no importaba. Las personas compraban arpilleras para apoyar. Era algo solidario. No eran tan exigentes. ¡Y se hacía cada cosa! Pero después se puso más difícil hacer arpilleras. Nos dijeron que para poder seguir vendiendo teníamos que cambiar el formato. Una niña que era diseñadora nos enseñó a hacer unas arpilleras más larguitas, más de acuerdo con lo que la gente pedía. Cambiamos los géneros. Ya no eran reciclados, eran todos nuevos, comprados. También empezamos a comprar lana. Y como ya no era usada –gruesa–, pudimos ir arreglando un poco la puntada. ¡Hasta los colores fueron cambiando! Empezó un control de calidad firme. Si la arpilla no cumplía con algo o estaba mal hecha o qué sé yo, la devolvían no más –la Vicaría también devolvía, pero solamente si estaban muy demasiado mal hechas. Y los temas también fueron cambiando. Yo diría que se pusieron un poco fomes. Nos pedían hacer más rondas de niños y cosas de ese tipo. Decían que la gente ahora quería imágenes más bonitas, más alegres de Chile. Pero igual de repente hacíamos lo que ocurría aquí. En la población seguían pasando cosas. Las filas en el consultorio eran las mismas. Además, seguía sin saberse de los detenidos desaparecidos –bueno, hasta el día de hoy eso está igual.

Cuando se hizo más complicado este trabajo, de a poco las compañeras empezaron a dejar las arpilleras. Y

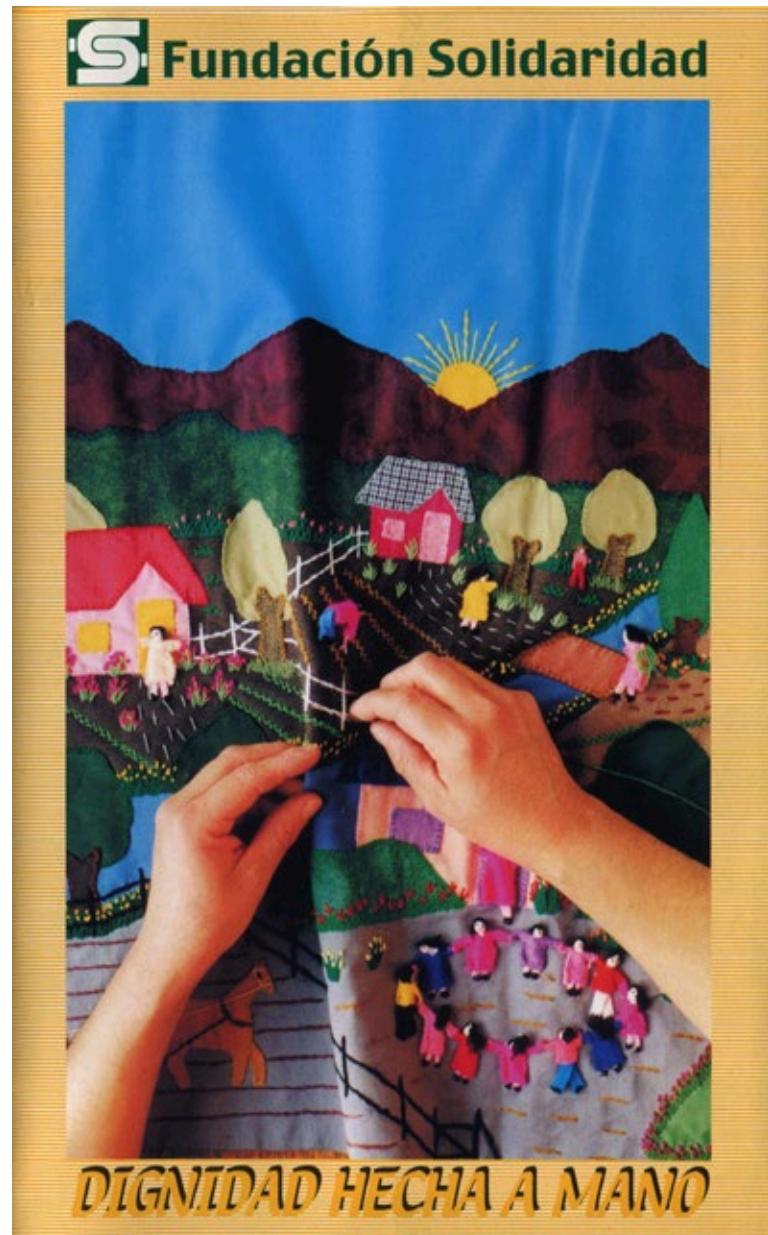
con los años prácticamente se terminó todo. Habíamos sido como doscientas o más –parece– en la zona oriente. Después cien, setenta y cinco, cincuenta y así, hasta que quedamos el equipo de cada taller no más –ahí con la María nos hicimos más cercanas. Al final éramos como ocho o diez en total. La mayor exigencia igual influyó indirectamente en los talleres, en problemas que había. Creo que también por eso algunas personas dejaron esto. Por ser, siempre hay personas que hacen más arpilleras y tienen un stock –como la María– y las que hacen lo justo para entregar –como yo. Entonces, cuando devolvían una, altiro la podían reponer las que tenían más. Pero no siempre era la misma compañera a la que le estaban devolviendo. Entonces, esta persona decía: -Si me la devuelven a mí, tengo que reponerla yo. Pero ella no tenía más en ese momento –además, las entregas eran mensuales, o sea, la plata demoraba más en llegar, y se entregaba la cantidad que pedía la Fundación, en cambio a la Vicaría al principio le entregábamos todas las semanas y lo que cada una podía hacer no más. Lo de las devoluciones y reposiciones produjo malestar. A mí me trajo problemas porque yo decía: -Si yo no hago más arpilleras, por qué me voy a enojar si otra persona hace veinte si quiere; si hace más y tiene más, está bien que venda más. Pero no todas estaban de acuerdo. Los conflictos y las quejas llegaban a la Fundación. Pero no debería ser, se tendrían que haber arreglado las cosas acá. Yo creo que



eso influyó en que un día no nos pidieran más arpilleristas y se acabaron los talleres.

Cuando la Fundación ya no pedía arpilleristas y también antes, aunque yo no tuviera entrega, igual me gustaba ir para allá. Me gustaba conversar. Había gente que nos conocíamos mucho. Algunos llegaron siendo chiquillos de dieciocho o veinte años y después estaban casados y eran papás. Era como una familia. Bueno, pasó un tiempo y le volvieron a pedir arpilleristas a la María. Era la que más hacía, siempre tenía stock y había seguido haciendo igual porque las arpilleristas son su vida. Después yo supe y le dije: -Oye, María, ¿qué onda? No me dejes sola. Ella me llevó de nuevo a la Fundación y yo también empecé a entregar. Pero ahora lo hacíamos independientes, no como taller. Y quedamos la María y yo no más y ya nos hicimos amigas. Después la Fundación se acabó. Y un tiempo quedó la María sola. Era la única arpillerista activa porque yo me enfermé. Me dio glaucoma. Según yo, no veía nada. Y al mismo tiempo se me declaró la diabetes. ¡Las dos cosas juntas! Estuve con depresión. Me encerré, no quería ver a nadie, no quería hacer nada. Y estuve varios años sin hacer arpilleras.

Cuando nos invitaron al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, por ahí por el 2011 o 12, retomé las arpilleristas. A la María la llamaron. Ella me invitó a mí a la reunión. Primero iba ir con una compañera de un taller de La Florida que también es de las arpilleristas más



antiguas y tampoco está haciendo ahora. Pero ella –Nena, le dicen– no la pudo acompañar porque trabaja. Entonces, me llama la María y me dice: -Oye, Paty, hay una reunión en el Museo de la Memoria, ¿quieres ir? -Bueno, vamos –le dije. Fue como una entrevista. Hablamos de que la arpillería se estaba muriendo, que ya no era como antes, que nadie se acordaba de esto que para nosotras fue tan importante. Ni los hijos de nosotras se acordaban porque nosotras mismas ya casi no bordábamos. Y ahí nos propusieron que hiciéramos un taller de arpillería, pero de rescate de la memoria. Y dijimos: -Sí, hagámoslo.

Yo me entusiasmé y altiro dije que hacíamos el taller. Pero como soy insegura, después andaba preguntándome: -¿Cómo lo voy a hacer? ¿Qué voy a decir? No se me ocurría cómo enseñar a hacer arpillerías. Nunca lo había hecho. Decía: -¿Voy a ser capaz? Pero ya había dicho que sí. Como una pasa en su mundo, se hace difícil conversar con otro tipo de personas –ya no tanto, pero todavía me cuesta. Además, había visto en el Museo toda la historia de las arpillerías, todo lo relacionado con las arpillerías está ahí. Me enteré de cosas que no sabía. Entonces, más nerviosa me ponía pensando: -¿Qué más puedo decir yo de esto? Y el primer día nos dijeron: -Hay profesoras de arte, de educación diferencial y señoritas de

otras profesiones que vienen a clases. ¡Más susto me dio! Pero empezamos y se me abrió un mundo –de nuevo gracias a la arpillería. La gente del Museo fue muy cálida, me sentí como en mi casa. Las personas que llegaron al taller también nos dieron harta confianza. Estaban interesadas en lo que sabíamos hacer y en todo lo que habíamos hecho. Fue bonito poder explicar y enseñar lo que uno sabe. Me sentí tan cómoda que no me costó, ni siquiera tuve que buscar las palabras. Salió solo el taller. Y ahora casi me gusta más enseñar que coser. Como resultó bien, después nos pidieron otro taller y así empezamos con esto.

En el Museo hicieron unos folletos y afiches para que pusiéramos aquí, en Peñalolén, para que la gente supiera de los talleres. Así llegamos a la Municipalidad. Yo le dije a la María: -¡Quién de la población va ir al Museo! Nadie. Si implica tiempo y plata para la micro, yo no iría. Además, todos están en su mundo. -Pero en la Municipalidad tiene que haber un departamento de cultura o algo así –le dije–, vamos. ¡Viviendo cuántos años aquí, no teníamos idea! Aunque yo había venido al Chimkowe a ver una obra de teatro. La María no quería venir. -Vamos no más –le dije– y lleva arpillerías. Dijo que no quería andar cargando el bolso. -No seas porfiada –le dije–, lleva para que podamos mostrar lo que hacemos. Yo siempre cuento esto porque fue

Las personas que llegaron al taller también nos dieron harta confianza. Estaban interesadas en lo que sabíamos hacer y en todo lo que habíamos hecho. Fue bonito poder explicar y enseñar lo que uno sabe. Me sentí tan cómoda que no me costó, ni siquiera tuve que buscar las palabras. Salió solo el taller. Y ahora casi me gusta más enseñar que coser. Como resultó bien, después nos pidieron otro taller y así empezamos con esto.





Yo le dije a la María: -¡Quién de la población va ir al Museo! Nadie. Si implica tiempo y plata para la micro, yo no iría. Además, todos están en su mundo. -Pero en la Municipalidad tiene que haber un departamento de cultura o algo así –le dije–, vamos. ¡Viviendo cuántos años aquí, no teníamos idea!

Aunque yo había venido al Chimkowe a ver una obra de teatro. La María no quería venir. -Vamos no más –le dije– y lleva arpilleristas.

Dijo que no quería andar cargando el bolso. -No seas porfiada –le dije–, lleva para que podamos mostrar lo que hacemos.

divertido. Llegamos, preguntamos y nos mandaron donde las etnias. ¡Nada que ver! Volvimos a preguntar y llegamos a la oficina que era. Entramos, no conocíamos a nadie y ni nos miraron. Estaban todos trabajando en sus cosas, ni siquiera levantaron la cabeza. Nunca me voy a olvidar de ese momento. Pensé: -Pucha, ahora qué hago. Y me puse a hablar sola, fuerte, a lo loco, en medio de la sala. -Hola, buenos días, soy arpillerista de Lo Hermida y veníamos a ver si nos podían ayudar con unos afiches para difundir un taller. Ahí se para un niño y dice: -Ah, las arpilleristas, yo había escuchado de ustedes. Y le habla a otra niña: -Oye, mira, las arpilleristas de Lo Hermida. Así fue como resucitó el tema de las arpilleras en Peñalolén. Nos dijeron: -Si van a hacer talleres en el Museo, también podrían hacer acá. -Sí, claro, ningún problema –dijimos. Así nació la relación con la Corporación Cultural. Hemos hecho talleres con niños, con adultos y un montón de cosas.

Yo nunca pensé que iba a llegar a enseñar algo. Y cuando vi que podía me sentí feliz por ser capaz de hacer cosas que no había hecho antes, que ni siquiera las había imaginado. Es bueno conversar con gente. Y trabajar con niños ha sido una muy buena experiencia, pero difícil. Yo, fuera de criar a mis hijos y mis nietos, no había tenido mucha relación con niños. Así que llegar de repente a

una sala con más de treinta alumnos fue bien impactante. Al principio volvía con jaqueca a mi casa. Pero después uno empieza a involucrarse con ellos. Uno primero piensa que va solamente a enseñar esto de las arpilleras, pero no, uno termina conociendo sus historias y viendo que siempre hay realidades distintas a las que uno conoce. Cada niño –o la mayoría– tiene sus temas en la casa. Con uno chiquitito yo me acordada de mi hermano cuando era chico. ¡Me pasaba algo tan especial! Y al final ya uno echa de menos la bulla de los niños, sus risas, juegos y cada cosa con la que salen.

Otra excelente experiencia fue cuando a través del Museo de la Memoria nos invitaron a Lota a hacer talleres. Estuvimos una semana, con clases mañana y tarde. Casi pura gente joven fue al taller. Me dio la impresión que varias personas que trabajaban en jardines y escuelas querían aprender para luego enseñar a los niños. Fue bonito. Yo tenía otra visión de Lota, relacionada solamente con el tema de los mineros. Así que fue muy buena la oportunidad de conocer diferentes personas de allá. Y también estaba muy emocionada de escuchar la historia del carbón y de los mineros de boca de ellos mismos. Nos recibieron muy bien. Nos llevaron a conocer varios lugares de Lota. También nos llevaron a Concepción, a conocer la Universidad de Concepción, los murales, los memoriales que hay allá. Y estuve en

una radio de Lota. Fue algo muy positivo, que volvería a hacer. Pienso que me sentiría capacitada si tuviera que ir a otras regiones porque cuando uno entra con el tema de las arpilleras, al final todos hablamos el mismo idioma.

En los talleres explicamos cómo trabaja una. Yo les digo a las personas que piensen qué es lo que más les gustaría hacer. Puede ser algo que los ha marcado en su vida, algo alegre o triste. Pero tiene que ser algo que uno como que no puede decir con palabras. Y hay que tratar de ponerlo en la arpilla. Cuando ya se sabe qué tema se quiere hacer, hay que pensar en la imagen, en cómo se va a ver ese tema. Nosotras siempre decimos que, por nuestra experiencia, lo primero que hacemos son los cerros. En Peñalolén estamos frente a la cordillera y lo primero que uno ve cuando se levanta es el cerro. Si uno quiere saber cómo va a estar el tiempo, mira para fuera y se encuentra con el cerro. Pero alguien puede decir: -Yo nací en el campo, a mí me gusta el campo, mi tema va a ser en el campo. Entonces, ya los cerros no van a ser lo primero y quizás ni van a haber. Pero siempre tiene que haber una idea clara de lo que se va a hacer. Y hay que pensar en hacerlo como a uno le gusta. Por ser, mis cerros siempre están con nieve –no sé por qué. A veces en la realidad no tienen ni una gota de nieve. Pero me gusta que en mis arpilleras los cerros siempre estén con nieve, que se vea lo blanco.

Cuando decido la imagen, hago la base, la medida de la arpilla. Hay medidas establecidas. Por lo general hago de cuarenta por cincuenta centímetros. También de sesenta por noventa. Pero si alguien quiere una chiquitita, de dieciocho por veintidós, igual se hace. Teniendo la base, empiezo a armar. No busco los géneros. No digo: -Voy a ocupar este o este otro. No. Empiezo a sacar y lo que va saliendo trato de usarlo. Ahí me doy cuenta de si me gusta como queda, si refleja lo que quiero hacer o no. Y si no aparece un género que me deje contenta, bordo. Por ejemplo, si tengo en la cabeza un tipo de árbol y no encuentro el género que me lo dé, bordo el árbol. Me doy el trabajo de hacerlo hoja por hoja. Pero de repente para otra arpilla pienso en un árbol parecido y lo hago de género. O sea, depende de cada arpilla. Por eso me demoro. Trato de hacer cada una exactamente como me la imagino. A veces no me resulta, pero siempre trato.

Cuando termino con los géneros, empiezo con los monos. Nosotras aprendimos a trabajarlos con algodón o lana y con un pedacito de género se hace la cabeza –ahora también se pueden usar pelotitas de plumavit que se compran para eso. Se empieza por la cabeza y desde ahí mismo para el cuerpo se deja un pedazo de género más largo, una cadeneta. Ahí se cosen los pies y se hace la ropa. Al comienzo se hacía a mano, pero ahora el trabajo de vestir el muñeco

se hace a máquina. Solamente la cabeza tiene volumen. Ahí se hacen los ojos, la boca, el pelo, todas las cosas chiquititas. A mí lo que menos me ha gustado siempre es hacer monos. Incluso un tiempo se los compraba a la María. Y antes, cuando empecé, casi siempre usaba los que hacía mi mamá. Pero sé hacerlos. Y los hago. En este momento todo lo que tienen mis arpilleras lo hago yo sola.

Creo que todas siempre hemos hecho las arpilleras más o menos igual, con el mismo proceso. Pero se reconocen los trabajos de cada una. Se pueden identificar por las puntadas, los géneros, los monos, por diferentes detalles. Incluso, ahora que con la María somos las únicas, si ponemos una arpilla de ella y una mía, alguien que conozca el trabajo puede decir: -Esta es de la Paty y esta es de la María. La diferencia se nota en detalles como los colores. Pasa una cosa curiosa. Cuando mis nietos estaban chicos –conmigo viven dos hijas y tres nietos–, yo no podía salir tanto a comprar, así que la María compraba géneros para las dos. Usábamos los mismos, pero siempre mis arpilleras eran más oscuras que las de ella. No tengo idea por qué. Y ahora que cada una compra sus géneros, igual mis arpilleras siempre son menos coloridas. Además, de repente yo hago una puntada y ella hace otra. Son cosas chicas, pero con la práctica uno va viendo que esas cosas hacen la diferencia.

En Peñalolén estamos frente a la cordillera y lo primero que uno ve cuando se levanta es el cerro. Si uno quiere saber cómo va a estar el tiempo, mira para fuera y se encuentra con el cerro. Pero alguien puede decir: -Yo nací en el campo, a mí me gusta el campo, mi tema va a ser en el campo. Entonces, ya los cerros no van a ser lo primero y quizás ni van a haber. Pero siempre tiene que haber una idea clara de lo que se va a hacer.



Con las arpillerías más antiguas, como han sido tantas y además ha ido cambiando la forma de hacerlas, uno a veces tiene dudas. Con la María nos pasó en el Museo de la Memoria y también en la Fundación Salvador Allende. Ahí he visto arpillerías que me han hecho pensar: -¿Esta será mía? Alguna podría ser. Pero después de tantos años cuesta estar segura. Me acuerdo que sólo una vez me pasó. Fuimos a la casa de la señora Winnie y en un libro que tenía habían publicado una que hice yo.

La vi y altiro dije: -Esta arpilla es mía, yo la hice. ¡Quizás cuántos años atrás!, no sé. Otra vez en el Museo me pasó lo mismo, pero con la arpilla de una compañera de La Faena. La vi y dije: -Esta es de la Yola. Yolanda Osorio se llamaba, ya falleció. No tuve ninguna duda. Era sobre los exiliados. Me acuerdo bien de esa porque encargaron al taller una sobre el exilio y ella la hizo, pero entre todas dábamos ideas y opinábamos cómo podía ser. No conocíamos el aeropuerto. Y en ese tiempo no había internet –como ahora– para poder decir: -Sacamos de ahí la idea. Entonces, era lo que a uno se le ocurría, lo que se imaginaba no más.

Actualmente, la mayoría de las arpillerías que hago son por encargo. Harta gente llama por teléfono. Cuando me piden una, le pregunto

a la persona qué le gustaría. Ahí yo empiezo a soñar y me vuelo. Después casi siempre me dicen: -Es justo lo que quería. Pero yo tomo la idea que me dan y la empiezo a trabajar a mi manera. Me gusta hacer casi de todo. Lo importante es que la arpilla, aunque al final tiene que tener un parecido con las cosas como son, quede como yo me la imagino. Y aunque vuelva a hacer un mismo tema, no me salen dos iguales, siempre cambio los colores o hago cosas diferentes. Otras personas pueden hacer varias iguales de una vez, pero a mí no me salen. Me gusta hacer de a una. Voy, la miro, pienso en lo que estoy haciendo y cuando siento que está lista, ahí recién empiezo otra. Hace poco hice una grande, la terminé, la mostré, pero todavía no la entrego. Le sigo poniendo cosas. Como que no siento que esté lista. Siempre he sido igual. Me gusta tomarme mi tiempo, hacer de a poco, aunque venda menos. Nunca me ha gustado la presión de las entregas. Claro que antes éramos expertas en trabajar rápido –también dependíamos más de las arpillerías. Si me pedían un mural, una arpilla de las grandes, si era necesario yo era capaz de armar en una tarde, coser en la noche, en la mañana pegaba los monos, forraba y en la tarde iba a entregar. ¡Así de rápida! Ahora no podría hacer ni una chiquitita en tan poco tiempo.

Por ejemplo, si tengo en la cabeza un tipo de árbol y no encuentro el género que me lo dé, bordo el árbol. Me doy el trabajo de hacerlo hoja por hoja. Pero de repente para otra arpilla pienso en un árbol parecido y lo hago de género. O sea, depende de cada arpilla. Por eso me demoro. Trato de hacer cada una exactamente como me la imagino. A veces no me resulta, pero siempre trato.





Si me piden una arpilla de las de antes, la hago. Pero prefiero tratar de hacer de lo que pasa ahora. No hay que olvidarse de las cosas, pero es como fome quedarse en puro recordar. Y hay temas actuales que también son importantes y entretenidos de hacer. Yo he hecho arpillerías donde bordo “Por el derecho a la educación”.



Cuando hay que hacer una arpilla de las más grandes o cuando nos hacen un pedido a las dos, trabajamos juntas con la María. Casi siempre soy la que recibe los encargos, así que muchas veces se hace lo que yo propongo. Generalmente yo armo y la María cose. Ella es más rápida para coser. Si hacemos así, después yo la termino, le doy el movimiento. Esa es la parte que más me gusta, los detalles –hay que ser muy detallista para dedicarse a esto. Ahora estamos con ganas de hacer juntas una arpilla sobre la toma de Lo Hermida al principio, cuando la Capilla Espíritu Santo era azul.

La Villa Grimaldi nos pide una arpilla cada cierto tiempo. Esas igual las hacemos juntas con la María. Cuando nos llamaron del Museo también empezaron los encargos de la Villa. Nos compran las arpillerías y después se las regalan a cierta gente que traen invitada. No nos dan indicaciones. Por eso también siempre me sale una diferente a la otra, ya sea por los colores o por las cosas que van como parte de la Villa. A veces hago el cubo, donde están los rieles, y la María hace la torre. El jardín de las rosas lo hacemos las dos, a veces ella y otras veces yo, pero cada una a su manera. También hago el

memorial, donde están los nombres de las víctimas. Pero siempre hacemos la Villa como está hoy día. No hago arpillerías de lo que pasaba antes. Yo me acuerdo de la primera vez que vi la Villa. Me acuerdo de todo lo que había antes, pero nunca he querido hacerlo en una arpilla. Por ser, no podría hacer la caseta. Y me acuerdo de la primera vez que fuimos algunas compañeras arpilleristas a dejar unos claveles rojos. Había rejas con alambre de púas y ahí los pusimos. Después llegaron los pacos y nos corretearon. Entonces, cuando empecé con las arpillerías para la Villa fueron

sentimientos muy encontrados porque uno empieza a pensar en muchas cosas.

Si me piden una arpilla de las de antes, la hago. Pero prefiero tratar de hacer de lo que pasa ahora. No hay que olvidarse de las cosas, pero es como fome quedarse en puro recordar. Y hay temas actuales que también son importantes y entretenidos de hacer. Yo he hecho arpilleras donde bordo "Por el derecho a la educación". Y unas con el letrero "La educación es un derecho, no un privilegio". Empecé esto cuando vino el movimiento de los pingüinos, el 2006. Mi nieto se interesó en la cuestión de la educación, la LOCE y qué sé yo. Y mi hija –la mamá de él– le dijo: -Si quieres salir a protestar, primero tienes que informarte y no ir simplemente porque todos van. Todo lo que él iba sabiendo lo contaba en la casa. Así fui metiéndome en la cosa y un día lo acompañé a una marcha.

Yo primero decía: -No voy a ir a protestar, ya me jubilé de estas cosas. Hasta que fui y me gustó porque ahora los chicos no tienen miedo a salir, a pelear por sus cosas. Y lo hacen alegres, con batucadas, es otra onda. Pero los pacos llegan igual, los mojan igual, les pegan igual. Entonces, quise hacer todo eso en una arpilla. Fui varias veces, hasta que un día que había llovido me caí, quedé toda moreteada. Y dije: -No

más calle, apoyo con la arpilla no más. Otro tema actual que hago es el mapuche. Porque uno se informa con las noticias no más, no porque lo haya conocido directamente. Pero me acuerdo que una vez que fuimos al sur, a Puerto Octay, en la carretera vi que decía "Zona Mapuche" y me llamó mucho la atención ver lleno de pacos y guanacos. Me quedó grabada la imagen. Ahora mismo estoy haciendo una arpilla con un rehue, con una rogativa por los presos políticos mapuche. Pero siento que no sé mucho del tema. También de repente hago una arpilla y digo: -Esta no la voy a vender. A veces me nace y hago cosas bonitas, alegres, una plaza con chinchineros, remolinos, volantines. Esas arpilleras las regalo. Hace poco hice una ronda con el tema de Gabriela Mistral "Todas íbamos a ser reinas". Se la regalé a una niñita.

El premio que nos dieron a mí y la María, cuando nos declararon Tesoros Humanos Vivos, yo no sabía que existía. La Corporación Cultural de Peñalolén nos postuló al Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Nosotras no hicimos nada. Nunca imaginamos algo así. Cuando me avisaron que habíamos ganado, primero me emocioné mucho. Y después me pasó algo raro. No estaba contenta. Tenía ganas de llorar. Sentía que el premio no era mío. Siempre lo he dicho. Es de todas. Pero nosotras con la María estábamos

en el momento justo, cuando somos las únicas que quedamos, ahora que existe este reconocimiento.

Yo lo único que hacía era pensar en mi mamá. Me acordaba mucho de la María Teresa, que fue una muy buena profesora. Y pensaba en la gente de mi taller, de La Faena: la Celita –Celia se llamaba, ya murió– y sus dos nueras, las dos se llamaban Rosa, les decíamos "Las Rosas", la Ada Acevedo, con ella hasta ahora somos amigas, y tantas otras personas. Fueron muchas las señoras que hicieron arpilleras hartos años, también en otros talleres. De Los Copihues yo conocía a la Teresa, la Georgina, la Báltica, en Nuevo Amanecer a la Herminia –ninguna sigue trabajando en esto. También me acordaba de que al principio no me gustaban las arpilleras. Y de cuando teníamos que hacerlas escondidas. Entonces, dije: -Este premio es de todas las viejas que en años tan difíciles se dedicaron a esto. Y eso fue gracias a la Vicaría de la Solidaridad. Porque sin la Vicaría nosotras no habríamos podido ser arpilleristas. Fue todo un cuento grande el que se armó alrededor de las arpilleras. Por eso el premio lo sentí como una responsabilidad, pero bonita. Y como un incentivo para seguir en esto.

Lo mismo me había pasado un tiempo atrás, cuando a la María la invitaron a la India en un viaje de la Presidenta

Bachellet. Yo estaba feliz. Sentía que ella iba –con mi presidenta– representando a todas las arpilleristas, que su viaje era un reconocimiento a todas nosotras. Porque ahora la María y yo somos la cara visible de algo que antes fue mucho más grande.

Los reconocimientos han servido para que se conozca más este trabajo. Después del premio uno de mis nietos me preguntó: -Oye, vieja, ¿siempre habías hecho esto? -Claro –le dije. A él le interesó un poco y yo le empecé a contar de la historia de antes. En mi familia y alguna otra gente, montones de veces me han visto haciendo arpilleristas, pero no saben la historia que hay detrás. Siempre fuimos muy para dentro. Cuando por lo del premio salimos en

la tele con la María, hay vecinas que me dijeron: -Vecina, la felicito, no tenía idea de lo que usted hacía. ¡Después de como cuarenta años! Antes, no era algo de lo que una hablara. Son contadas las personas que pueden decir: -Ah, yo sí sabía.

Hace poco me pasó algo gracioso. Me crucé con una vecina y le dije: -¡Qué linda está su falda como para hacer cerros! A los días después me la trajo. Antes jamás se me habría ocurrido hacer algo así. Esos detalles hacen que una sienta la responsabilidad de seguir haciendo arpilleristas. Aunque ya no aguento en la noche como antes porque se me cansan los ojos, tengo que seguir trabajando en esto. Y si un día ya nadie me pide una arpilla, igual voy a seguir haciendo. Ya no puedo parar.

Cuando me avisaron que habíamos ganado, primero me emocioné mucho. Y después me pasó algo raro. No estaba contenta. Tenía ganas de llorar. Sentía que el premio no era mío. Siempre lo he dicho. Es de todas.





CAPÍTULO II

MARÍA MADARIAGA

Arpillerista de Peñalolén

Recuerdos*



A los doce años yo quedé sola, falleció mi papá y antes había fallecido mi mamá. Por eso no fui al colegio cuando era chica. Hice el primero básico y no fui más. Nunca me mandaron. En todo caso, no le echo la culpa a nadie, las cosas fueron así no más. Y a pesar de eso, con mucho esfuerzo logré salir adelante. Incluso me quitaron un hermano menor. Yo soy la mayor de todos. Cuando falleció mi papá, que era mueblista, y quedamos solos, vino una señora que era madrina de mi hermana y dijo que se iba a llevar a mi hermano para su casa para que comiera, estuviera bien y qué sé yo. Él tenía cuatro años. Se lo llevaron y no supe más de él, hasta el día de hoy. Se llamaba Juan Carlos. Sé que la señora se llamaba Carmen, pero del apellido no me acuerdo. Nunca más supe de ella tampoco. Una vez mis hijos trataron de encontrar a mi hermano, querían conocer a su tío. Lo buscaron en el Registro Civil y resulta que no existe. No sé qué pasó porque tampoco hay un certificado de defunción de él. Quizás le cambiaron el nombre, no sé. En ese momento con mi hermana también seguimos cada una por su lado.

A los trece años yo ya vivía sola en una pieza. Vivía en un conventillo, un cité, en Gálvez, que ahora es Zenteno,

cerca de la Iglesia Corazón de María. Tenía que lavarme un montón de ropa para poder tener un plato de comida. Igual a veces no tenía qué comer. Despues me fui a trabajar a la casa de una señora, ahí vivía yo. Tenía que lavar, limpiar y hacer de todo. Siempre viví por allá, en el centro. Pero a los dieciséis años quedé embarazada y me vine para acá, a lo que ahora es Peñalolén. Me vine a vivir con el papá de mi hijo y con la mamá de él. Cuando tenía diecisiete nació mi hijo. En ese tiempo estábamos con mi marido en un comité para la vivienda. Él tenía un compadre que vivía al frente, en Grecia, pero para el otro lado. Un día el compadre vio que se estaban tomando unos terrenos y le avisó al Manolo, mi marido. Él se vino a la toma, se tomó un sitio y se quedó ahí. A los días después yo me vine con mi hijo porque justo esos días llovió. Era bien difícil estar aquí, en esas condiciones, teniendo a las crías chicas. La toma fue en agosto de 1970, al final del gobierno de Frei, cuando Allende estaba en campaña para ser presidente. Creo que eso nos favoreció harto a todos nosotros porque al poco tiempo ya teníamos regularizada la situación del terreno. Pero para la historia esto fue una toma, es una toma, hasta el día de hoy, y va a seguir siendo una toma. Hubo varias tomas en ese tiempo. Pero en esta, en la de Lo Hermida, fue donde después nacieron las arpillerías.

Después del Golpe de Estado, en el año 74, más o menos, se organizó un comedor aquí en Lo Hermida. Funcionaba en la Capilla Espíritu Santo, que está en toda la esquina de mi casa. Ahí mismo, antes de que fuera capilla, había funcionado la JAP, donde uno iba con su tarjeta a buscar mercadería. Bueno, había gente relacionada con la Iglesia que reunía mercadería para ayudar y parece que como era una capilla, también Caritas Chile apoyaba ese comedor. Había una persona encargada. El comedor era infantil, no era para adultos. Y era para niños de hasta cierta edad no más. Yo me integré porque mi marido estaba sin trabajo y yo tenía dos niños y otro en camino. Así que ahí almorcaban mis hijos. De hecho, una vez pasaron por la casa, yo no estaba y mi marido fue el que inscribió a los chicos en el comedor. En los primeros tiempos una podía pasarse toda la semana cocinando. Despues se organizó más la cosa, a cada persona le tocaba un día y otros tenían que irle a ayudar a la persona que le tocaba cocinar. A mí me tocó tener mi día en el que yo quedaba a cargo. Tenía que estar todo el día en la cocina y venía otra gente a ayudarme. La persona que cocinaba tenía asegurada su comida, ella y su grupo familiar. Pero el día que una persona no cocinaba, sólo tenía almuerzo su niño que estaba en la lista del comedor, nadie más. Habíamos muchas personas a las que el comedor nos ayudaba a

subsistir. Era una ayuda para todo el grupo familiar porque, entonces, un hijo almorzaba ahí, otro en el colegio y así se alivianaba un poco la cosa en la casa. También estaba la leche que nos daban en el consultorio. Yo incluso llegué a tener un niño desnutrido y en el comedor le daban el doble de alimentación porque estaba demasiado bajo peso y además le daban comida para la casa. A veces yo me pongo a pensar que si no hubiese estado en el comedor, a lo mejor no habría llegado después a las arpillerías y quizás qué habría sido de mi vida, quizás dónde estaría ahora, no sé.

Mi marido trabajaba en una fábrica de calzado que quedaba por allá por Avenida Matta. Pero después del Golpe cerraron casi todas las fábricas y quedó sin trabajo. Estuvo varios años sin trabajar porque no había ninguna posibilidad en lo que él hacía, tampoco en otras cosas. Y el mismo problema lo vivieron en hertas familias. Así que varias señoras que nos conocimos en el comedor nos juntamos y vimos qué podíamos hacer. Había que mantener harta gente en cada casa, había personas que pasaban hambre, y algo había que hacer. Primero vino la lavandería. Se armó una lavandería que funcionaba en la misma capilla. Los maridos ayudaron a hacerla. Yo también me metí ahí. Parece que la lavandería la apoyó gente de la Vicaría de la Solidaridad o al menos



Después del Golpe de Estado, en el año 74, más o menos, se organizó un comedor aquí en Lo Hermida. Funcionaba en la Capilla Espíritu Santo, que está en toda la esquina de mi casa. Ahí mismo, antes de que fuera capilla, había funcionado la

JAP, donde uno iba con su tarjeta a buscar mercadería. Bueno, había gente relacionada con la Iglesia que reunía mercadería para ayudar y parece que como era una capilla, también Caritas Chile apoyaba ese comedor. Había una persona encargada.

personas de la Iglesia. Por ser, había una señora que nos ayudaba a conseguir los lavados con personas que se conocían de ese ambiente. Nosotros íbamos a buscar la ropa y a dejar la ropa. A mí me tocaba salir y lavar harto y planchar también, y mi marido se quedaba con los niños. O a veces él me iba a buscar o a dejar el lavado. Eran tiempos bien complicados, pero había que salir adelante, sobre todo por los chicos. Yo iba para el lado de Recoleta a buscar mis lavados. No era mucho lo que ganaba, pero uno se conformaba con que al menos iba a tener algo para lo que hiciera falta para los niños. Siempre me acuerdo que justo cuando entré a la lavandería, de repente llegó una monjita en una camioneta y nos dio mercadería. Yo era la mujer más contenta del mundo





porque en mi casa no teníamos nada de nada. Pero con el tiempo las personas empezaron a contratar empleadas en sus casas y las empleadas hacían todo. Así que poco a poco fue bajando el trabajo nuestro, se fueron terminando las lavadas. Ahí decidimos hacer arpilleras.

Por ahí por 1974, 75 o 76 se organizaron varios talleres: en La Faena, en Los Copihues, en Nuevo Amanecer, en varias partes. Y en todos hacían arpilleras que empezaron a entregar a la Vicaría de la Solidaridad. Pero las arpilleras nacieron acá, en Lo Hermida. Antes sólo hacían arpilleras los familiares de los detenidos desaparecidos, pero ellos tenían otra forma de hacerlas. Eran otra cosa. Yo estaba ahí cuando

nacieron estas arpilleras. Por eso a mí me extraña un poco cuando hablan de las arpilleristas de Peñalolén, porque esto era Lo Hermida. No existía Peñalolén todavía. Fuimos varias, como veintitantas compañeras las que estábamos al comienzo en el taller. Y al final creo que se llegó como a treinta y tantas o cuarenta personas. Había algunas que yo vine a conocer en el comedor y después seguimos juntas en la lavandería y también en las arpilleras. Por ser, me acuerdo de la María Valdés, de la Carmen Sepúlveda, que además es mi comadre ahora, de la Mónica Díaz, que fueron de las primeras que se integraron al taller y que venían del comedor. Pero otras habían entrado directo al taller no más. Igual, las que

estuvimos harto tiempo en esto, porque varias se fueron retirando, después de tantos años que estuvimos juntas ya éramos casi como una familia.

Al comienzo trabajábamos juntas. Armábamos entre todas porque unas tenían una idea, otras tenían otra y así íbamos viendo, hasta que salían las arpilleras. La primera vez que yo hice una fue un paisaje, con una noria y una casa de quinta. Me quedó bien, pero me costó harto porque empecé a trabajar con una puntada no muy buena para hacer arpilleras. Usé puntada de cadeneta y me tomó un montón de tiempo terminar, mucho.

Después llegó una señora de la Vicaría que se llevó todas las arpilleras que habíamos hecho. Y se vendieron todas, a pesar de que las personas casi nunca logran vender las primeras arpilleras que hacen. Eso nos ayudó a salir adelante. A cada persona le pagaban su arpillera porque, aunque trabajábamos juntas, si éramos diez compañeras, hacíamos diez arpilleras y después nos repartíamos la plata. Con el tiempo, como yo ya sabía bien cómo hacer las arpilleras, empecé a quedarme trabajando en la casa. No solamente yo, todas mis compañeras trabajaban cada una en su casa. Después la gente de la Vicaría habló con una compañera y le dijeron que tenía que haber una encargada de cada taller. Entonces, primero la compañera encargada revisaba las

arpilleras, anotaba y desde la Iglesia donde quedaba cada taller las iba a dejar a la Vicaría. Despues iba a buscar la plata y la repartía. Así funcionamos hasta que llegó la democracia. Yo llegué a entregar hasta cuatro o cinco arpilleras semanales. Me amanecía cosiendo porque había que llevar algo para la casa y sabía que si más arpilleras hacía, más plata recibía despues. No solamente yo, habíamos varias compañeras que teníamos los mismos problemas. Y al menos nosotras, esa fue la única entrega que teníamos. Había otros lados que también compraban arpilleras, pero no nos pedían. Nosotros entregábamos solamente a la Vicaría, ahí nos pagaban quincenalmente. Había que esperar quince días para recibir la plata de lo que se había entregado esa semana.

Antes de hacer arpilleras, cuando era cabra, tenía como quince años, un tiempo estuve ayudándole a una modista. Ella trabajaba por donde yo vivía, en el centro, y era conocida de mi papá. Me gustaba la moda. Así que años despues, cuando ya tenía hijos, estudié moda infantil, hice un curso prácticamente para aprender a tomar las medidas porque cortar y coser ya sabía, y también estudié moda de adultos. Así que ya podía hacerles cualquier cosa a los chicos. Hasta a mi marido le hacía pantalones y yo misma me hacía mis faldas, delantales y qué sé yo. En ese sentido

era bien empeñosa, no me quedaba ahí no más: cortaba, cosía, hacía de todo. Y no tenía máquina, hacía todo a mano. Igual algo podía hacer, por ser, para fin de año. Cuando yo era chica nunca tuve cosas nuevas para fin de año, cuando todo el mundo compra algo nuevo para sus hijos. Y yo no quería que ninguno de los cinco hijos que tuve pase por lo mismo que yo pasé. Creo que muchos papás o mamás pensamos lo mismo. Todo eso además me sirvió despues porque ya no me costó tanto aprender a hacer arpilleras porque al menos ya sabía tomar la aguja, ya sabía hacer algo. Eso fue bien importante. Ahora, cuando enseñamos, yo me doy cuenta. Hay personas que no saben ni tomar una aguja o no saben cortar. A esas personas les cuesta más aprender a hacer arpilleras. O sea, igual pueden, pero tienen que aprender eso otro primero. Entonces, es más lento.

En los primeros tiempos trabajábamos con reciclaje, con cosas que uno tenía en la casa. Y a veces también nos daban. Se hacían bazares en la capilla y algunas ropas que quedaban las daban a nosotros. Las descosíamos, las lavábamos, las planchábamos y teniendo eso listo lo usábamos para armar las arpilleras. El forro de atrás lo hacíamos con sacos de harina, en esa época había mucho saco harinero. Al tiempo despues, cuando llegó la democracia y en vez de la Vicaría existió la

En ese momento, además, los talleres los sacaron de las capillas. Nos pidieron que saliéramos de ahí y lo mismo pasó con otras organizaciones sociales y grupos que funcionaban al alero de las iglesias.

Pero antes, durante la dictadura, nos apoyaron bastante, los mismos curas nos apoyaban. Bueno, desde que empezó la Fundación y hasta el día de hoy, para forrar compramos un género que es parecido al saco.





El taller de arpilleras fue importante para nosotros por muchas razones y la Vicaría de la Solidaridad también. Por ser, lo poco y nada que yo sé de leer y escribir es porque ahí también hicimos un taller de alfabetización. Habíamos varias compañeras que no sabíamos. Y yo fui una de las que pidió que viniera alguien a enseñarnos. Me preocupaba más que todo por el colegio de mis hijos.

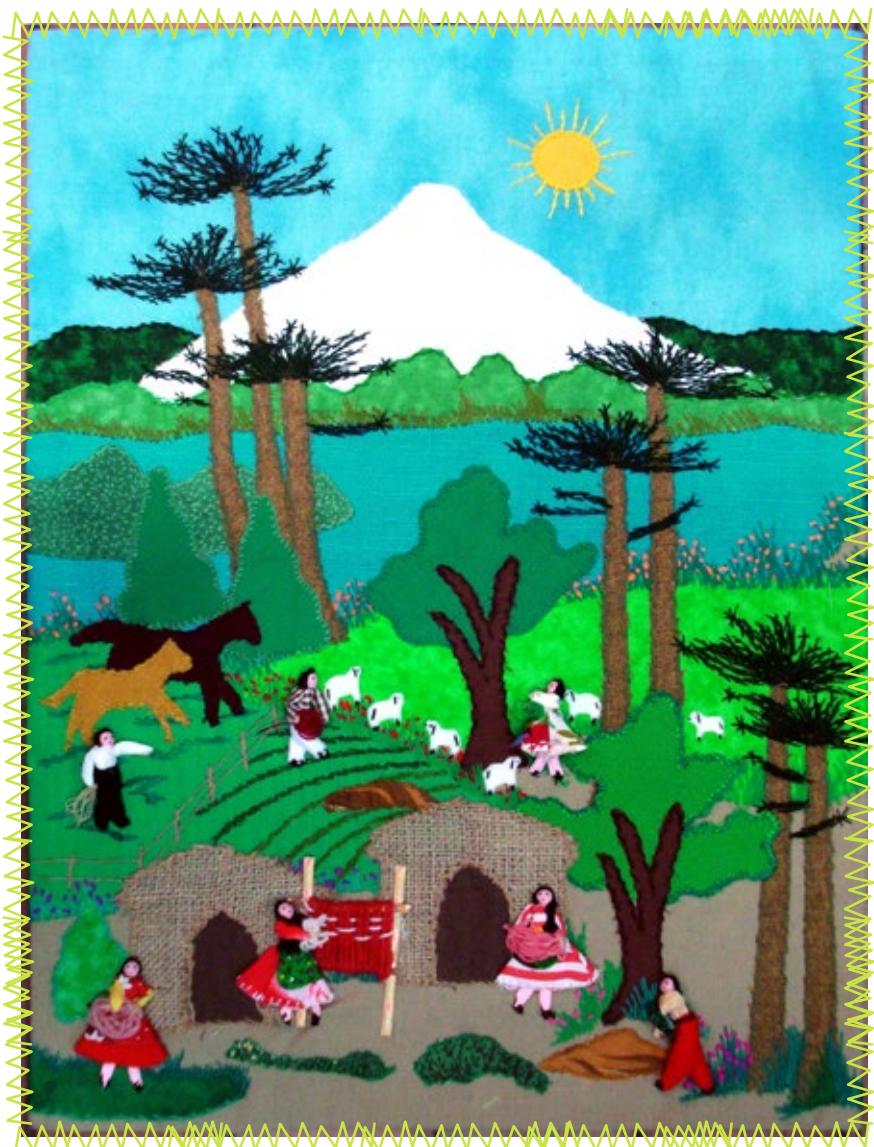
Fundación Solidaridad, empezaron a pedir las arpillerías más bien hechas, mejor terminadas, para poder venderlas en tiendas que había por ahí. Se necesitaba otro tipo de terminaciones. En ese momento, además, los talleres los sacaron de las capillas. Nos pidieron que saliéramos de ahí y lo mismo pasó con otras organizaciones sociales y grupos que funcionaban al alero de las iglesias. Pero antes, durante la dictadura, nos apoyaron bastante, los mismos curas nos apoyaban. Bueno, desde que empezó la Fundación y hasta el día de hoy, para forrar compramos un género que es parecido al saco. Compramos todos los materiales. Prácticamente todo cambió. Ahora uno ve las arpillerías de antes y no se puede creer cómo están hechas algunas. O sea, se podrían considerar mal hechas por las puntadas grandes, los monos chuecos. Pero como son de ese tiempo, se acepta. Durante la dictadura casi nunca nos devolvían un trabajo. Como llegaba la arpillera, la recibían. Pero después también cambió eso. A mí varias veces me devolvieron arpillerías que no cumplían con los requisitos. A todas nos pasó. De repente me decían que tenía que cambiar una cosa porque esto y esto otro. Por ser, a veces faltaba un detalle que uno no había hecho o a veces las letras de los letreros estaban mal puestas o faltaba una, entonces devolvían la arpillera. Pero casi siempre eran cosas chicas,

que uno a veces las podía arreglar rápido y llevar el trabajo de vuelta al otro día. Sí me acuerdo que una vez una señora hizo unas arpillerías que cosió con máquina. Cosió todas las arpillerías con el zigzag de la máquina y le dijeron que no le recibían nada porque en este trabajo es la mano la que manda, todo tiene que ser hecho a mano.

El taller de arpillerías fue importante para nosotros por muchas razones y la Vicaría de la Solidaridad también. Por ser, lo poco y nada que yo sé de leer y escribir es porque ahí también hicimos un taller de alfabetización. Habíamos varias compañeras que no sabíamos. Y yo fui una de las que pidió que viniera alguien a enseñarnos. Me preocupaba más que todo por el colegio de mis hijos. A veces mandaban una comunicación y yo no tenía idea de lo que decía y tenía que esperar que llegara el Manolo, mi marido, para que me dijera. Entonces, un día conversé de eso con la señora Verónica, que fue la que empezó a conseguirnos los lavados cuando hicimos la lavandería y la que se llevó las primeras arpillerías que hicimos y las vendió. Y ella trajo una persona para enseñarnos. Nos costó, pero algo aprendí a leer, a escribir no. Claro, no leo como leen las personas que leen de corrido. O sea, yo leo, pero relajadamente. Escribir sé muy poco. Es que en ese tiempo yo estaba embarazada. Entonces, pasé un primer curso que

hicimos y toda la cosa, pero vino la guagua y ya tenía menos tiempo para practicar. Así que ahí quedó todo.

También gracias al taller de arpillerías pude hacer mi casa. Al comienzo teníamos una pura pieza, una media agua. Ahora no es una gran casa, pero al menos tengo un lugar donde estar, que lo hice como yo quería y con mucho esfuerzo. Cada vez que me pagaba de las arpillerías iba comprando materiales, tablas, lo que hiciera falta. La parte de abajo es de puro adobe. Con el tiempo fuimos agrandando un poco y teniendo la calidad de vida que yo quería tener. Se hizo un comedor, baño, cocina. Y a cada chico le hice su dormitorio, lo que yo nunca tuve. Después uno de mis hijos, cuando entró a trabajar, empezó a estucar por adentro y por afuera, aunque hay partes donde todavía se ve el barro. Entonces, estoy satisfecha con lo que he logrado. A pesar de que yo quedé sola a los doce años, sin papá y sin mamá, y a pesar de tener poca educación, logré salir adelante con todas mis crías. Y aunque la casa no sea la gran cosa, ellos tenían su pedazo de pan todos los días, no como lo que yo pasé, que cuando era chica a veces no tenía ni para tomarme un vaso de agua. Y también estoy contenta con todos mis hijos, ninguno me salió malo, son todos trabajadores. Al final, la casa, la alimentación, la crianza, la educación, todo fue en parte gracias a las



arpilleras. Por eso es que me da rabia cuando veo cabras jóvenes pidiendo plata, me hierva la sangre. Porque yo toda la vida me he esforzado y hasta el día de hoy, que ya estoy vieja, me sigo ganando mis pesos, aunque no sea mucho, pero no ando pidiendo. O sea, yo creo que cada uno puede tener su modo de vivir, pero no a costillas de los demás.

Al comienzo mi esposo traía la plata y yo la recibía, todo era muy distinto. Pero llegó un momento en que ya no aportaba. Pienso que tiene que haber sido difícil para él, aunque es bien poco lo que conversábamos de esas cosas. Pero tiene que haberse sentido medio raro de que con las arpilleras yo llevara la plata y mantuviera la casa, mientras que él tenía que estar cocinando. Porque yo tenía que salir mucho, a veces pasaba en la calle y él tenía que asumir un poco el papel de mamá. Pero no supe cómo se sentía, nunca le pregunté. Parece que igual le gustaba hacer las cosas de la casa. Y también le gustaba que yo hiciera arpilleras. Me ayudaba a coser, a hacer letras y cosas que se necesitaban para algunos monos, como las bicicletas. A veces yo armaba y él cosía. Siempre me apoyó mucho, nunca me puso problemas. No fue como esas compañeras que los maridos hasta les pegaban, todo lo contrario. Él entendía que todo era para la misma casa, para todo el grupo familiar. Como nunca pudo volver a trabajar en una fábrica, en lo que él hacía, al final se integró a

una empresa de aseo. Fue el único trabajo que pudo encontrar. Ahí, como ya teníamos otra entradita, pude desahogarme un poco. Pero después él renunció y se quedó en la casa no más porque, como fumaba mucho, los pulmones los tenía malos. Y como había trabajado en zapatos, estuvo muchos años respirando neoprén y eso también le hizo mal. Se cansaba mucho, no se sentía bien y ya estaba mayor. Murió hace dos años, lo echo de menos.

Las primeras arpillereras que yo hice fueron de lo que veía en la calle. Cuando había protesta, yo salía. Ahí uno empieza a ver cosas y a pensar que esto o esto otro lo va a llevar a la arpillerera. Por ser, cuando los pacos estaban pegándole a la gente, eso lo hacía en las arpillereras. Veía cuando venían a cortar el agua y eso también lo hacía, igual con los cortes de luz. Cuando una tenía que ir de amanecida al consultorio para conseguir un número para ver si la atendían, llegaba y veía puras colas; yo también hacía arpillereras de eso. Y lamentablemente no todo ha cambiado. Por ser, ahora nos ponen sillas en los consultorios y antes estábamos de pie no más, pero igual hay que esperar mucho para que a uno lo atiendan. Lo mismo pasa con el problema de que la educación es un chiste, llevamos cualquier cantidad de tiempo, años de años, con la cuestión de la educación. Después vinieron temas como los tribunales. Las cosas que pasaban



en los tribunales hasta el día de hoy las hago porque esa situación tampoco ha cambiado mucho. Todavía no se sabe qué pasó con los detenidos desaparecidos. Entonces, uno sigue bordando arpillereras con carteles de “¿Dónde están?”, “No a la impunidad” y cosas así. Después desde la Vicaría nos empezaron a proponer temas. Nos pasaban unos papeles que enseñaban los derechos humanos. De ahí nosotros teníamos que sacar los temas y pensar cómo hacerlos. Cada compañera iba viendo qué artículo le interesaba más o cuál se le ocurría mejor cómo hacerlo: derecho a la educación, a la vivienda, a la salud y todas esas cosas. A mí a veces mi marido me ayudaba a pensar cómo hacer un tema. Y

cuando uno se imaginaba un artículo, cuando ya lo tenía en la cabeza, lo hacía. Así nos repartíamos para no hacer todas lo mismo. También me acuerdo que una vez hice una arpillerera que después me pidieron varias veces. Tuve que volver a hacerla un montón de veces. Era de una protesta acá, en la población, donde no solamente los pobladores estaban, sino que también personas que tenían un poco más, que vivían en departamentos. O sea, había personas que tenían más y personas que tenían menos y que estuvieran juntas personas así era algo bien distinto y parece que eso llamó la atención.



Cada compañera tenía sus temas, los que más repetía. En mi caso, yo siempre he trabajado con temas políticos. No trabajo temas de paisajes y cosas así. Hago lo que llaman la arpillería política. Esas otras arpillerías son bonitas, son bien bonitas, pero son distintas. Son otra cosa. Las que yo hago son como para mostrar o denunciar lo que pasa. Pero durante los últimos años no he inventado un tema nuevo. Como he estado enseñando, no he tenido tiempo de pensar. Y como además casi siempre me piden los mismos temas, me he quedado casi ahí mismo. Eso a mí también me hace pensar que, aunque llegó la democracia, muchas cosas no han vuelto a ser normales. O si no, no me seguirían pidiendo los mismos temas de antes. Me los piden y yo los hago porque, para mí, todavía no estamos bien, todavía hay una mano que

aprieta. Pero ahora tengo intenciones de armar nuevas arpillerías. Tengo una imagen en la cabeza que quiero hacer, un mural con imágenes de todas las partes donde yo estuve: el comedor, la lavandería, el taller de arpillerías, la alfabetización, todas cosas que fueron bien importantes para mí. O sea, mi idea es hacer una arpillería de toda mi vida, de cómo empecé a organizarme en cada grupo.

Cada persona tiene distinto modo de hacer las arpillerías. O sea, todos trabajamos parecido, pero hacemos las cosas diferentes. Por ser, con la Paty, Patricia Hidalgo, que es la única otra persona que queda haciendo arpillerías, tenemos distintos modos de coser. Yo hago la puntada pata de araña y ella hace puntada de ojal. Por la pura puntada conocemos al otro de quién es cada trabajo. Y cuando enseñamos siempre decimos que

cada persona tiene que ver qué puntada es más fácil para ella, cuál le sale más rápida, cuál le conviene más. A mí la de ojal no me cunde mucho. Puedo estar toda una tarde y no avanzo, pero con la puntada pata de araña en cinco minutos tengo todo cosido. Es que esa es la técnica que yo aprendí cuando empecé. Otra diferencia puede ser que a lo mejor yo soy más prolífica para cortar, pero a la Paty las casas y todas las cosas igual le quedan bien derechas. Y en los monos también se notan las diferencias porque no todas hacen los monos como yo los hago. De hecho, no todas los hacen porque, como son chiquititos, son bien difíciles de hacer para algunas personas. Yo tengo mi sistema. Primero, siempre tengo materiales. Entonces, cuando tengo que salir, en la micro voy haciendo la cadeneta, o sea, el cuerpo y las patitas de los monos. No voy perdiendo el tiempo, siempre ando con mi lana y mi crochete y voy haciendo cadenetas. Cuando tengo harto de eso listo, en mi casa me siento en el comedor o en el dormitorio y armo el resto. Voy por partes. Empiezo por las cabezas. Uso pelotas de plumavit, siempre he trabajado con eso porque nunca aprendí a hacer las cabezas con mota, que puede ser de lana o del material con que se hacen los cojines. Tengo pelotas de plumavit chicas, medianas, grandes, de diferentes tamaños. Y también hay que tener un pedazo de género delgado, como

una enagua, para envolver la pelota. Cuando enseño, yo siempre digo que hay que ahorcar el mono, hay que amarrarlo bien apretado y ahí queda armada la cabeza. Después lo visto. La ropa la hago con distintos tipos de género, dependiendo de qué mono sea. Y al final vienen los detalles más chicos: el pelo, los ojos, la boca, que los hago con lana negra. A mí me gusta hacer monos, por eso siempre tengo. Y si de repente me pongo floja o no he tenido tiempo para dejarlos listos, al menos tengo las partes encaminadas: cadenetas, cabezas, ropa. Entonces, si alguien me pide, lo único que tengo que hacer es armarlos. Para mí, teniendo los monos hechos la arpillera ya está casi lista porque son lo único complicado y lo que toma más tiempo. Teniendo los monos, yo puedo armar una arpillera en una tarde, en la misma noche puedo coserla y casi terminarla y al otro día ya puedo estar forrando y listo. Pero si no tengo monos ni nada y tengo que empezar desde cero, me toma unos tres días hacer una de cuarenta por sesenta centímetros, que es el tamaño normal de una arpillera. Pero también todo depende del ánimo que una tenga. A veces uno termina rápido de coser, pero quedan los detalles que dependen de cada tema. Eso a veces toma más tiempo. Los detalles pueden ser muchas cosas muy diferentes, como florcitas, las rayas de las casas, la forma de los caminos, objetos y qué sé yo.





De mi taller, yo me acuerdo muy especialmente del trabajo de la Manola, Manuela Muñoz. Ella era muy prolíja para coser. Se demoraba un poquito, pero era porque era muy detallista con las arpillerías. Les hacía hasta lo más mínimo. También pudo haber personas así en otros talleres, pero yo no lo puedo decir porque no las conocí. Pero sí vi personas que llegaban y hacían cualquier cuestión, total, igual les compraban sus arpillerías. En cambio la Manola era muy cuidadosa, le ponía mucho amor o no sé qué, pero cada cosita que hacía, por ser, un animal, la hacía exactamente como era. Yo además estuve un tiempo enseñando con ella. Un día el Hogar de Cristo nos mandó a buscar. Nos pidieron si podíamos ir a enseñar y nos daban la plata para la micro. Esto era algo particular, no tenía que ver con la Vicaría. Con la

Manola dijimos que bueno y fuimos. Estuvimos como dos años enseñando arpillerías en el Hogar de Cristo. Varias señoras aprendieron y después vendían sus trabajos. Incluso, a una señora que aprendió ahí, una vez me la encontré en una feria y andaba con sus arpillerías.

Nosotros entregábamos las arpillerías a la Vicaría y de ahí se iban para fuera. Se iban para Francia, Alemania y parece que para otros países también. Allá se vendían y servían como un medio de denuncia de todo lo que estaba pasando aquí. Cuando empezamos, atrás de la arpilla, en el forro, a veces poníamos como un bolsillito donde escribíamos el tema, de lo que se trataba la arpilla. A veces también poníamos el nombre de la persona que la había hecho. Pero cuando se fue poniendo más

A veces también poníamos el nombre de la persona que la había hecho. Pero cuando se fue poniendo más fea la situación con los milicos y después de que encontraron unas arpillerías en el aeropuerto y se dijo que eran algo subversivo, no se hizo más eso. Decían que éramos subversivas porque le estábamos haciendo fea propaganda a Chile.

fea la situación con los milicos y después de que encontraron unas arpillerías en el aeropuerto y se dijo que eran algo subversivo, no se hizo más eso. Decían que éramos subversivas porque le estábamos haciendo fea propaganda a Chile. Entonces, por seguridad ya todo fue anónimo. Acá, a la población, empezaron a llegar pacos de civil buscando a la gente que hacía arpillerías. Andaban preguntando quién hacía arpillerías. Me acuerdo que después de eso la gente de la Vicaría y en especial la señora Winnie, que era la que nos pedía las arpillerías, hablaron con nosotros por todo el riesgo y todo lo que estaba pasando. Nos preguntaron quiénes éramos las personas capaces de seguir haciendo arpillerías. Nosotros pensábamos que todas las compañeras del taller estábamos

LOS BORDADOS DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

A lado de una iglesia azul, unos niños rosados bailan una ronda. Parecen una rueda que gira del cielo. "Cuénteme la historia", ruega. "La mujer mira una vez los ojos negros y duros: "esos niños bailan porque no saben lo que pasa". Su voz es tranquila.

En el mes de agosto de 1975, en una población de Santiago, inició su trabajo un taller de lavandería. Era uno de los muchos talleres de trabajo que promueve la Iglesia Católica de Chile. Son el fruto de la organización de los trabajadores católicos.

Agrupados en las llamadas Bolsas de Trabajo, los cesantes han dado nacimiento a múltiples talleres de trabajo, en los más diversos rubros. Pero uno de los más interesantes es el de la lavandería. El taller de lavandería de la historia fue iniciado por cuatro señoras de una población marginal. Con muchas dificultades, consiguieron un local, una pequeña pieza de madera o "medagua" y consiguieron las artesas.

lineamientos pastorales trazados por la Iglesia Católica.

La artista —con una gran experiencia en promoción comunitaria— llegó casi casualmente a esta labor.

Un día conversó con una muchacha que trabajaba en el taller y que estaba haciendo las viudas, y ese mismo día decidió trabajar en colaboración con ellas.

"Me encantó", dice la artista, funcionaria de una de las vicariencias zonales. "Nos encontramos por casualidad en el verano pasado", cuenta muy sonriente,

BULTOS ESTABAN SIENDO ENVIADOS A ALEMANIA Y SUIZA

Tapetes difamatorios son interceptados: Pudahuel

■ En diversas oportunidades nuestro diario ha denunciado la campaña promovida por una entidad política opositora de extrema derecha, que ha enviado a diferentes países de Europa tapetes artesanales con motivos y lecturas despectivas y ofensivas para Chile.

Ayer la aduana de Pudahuel interceptó una maleta de 15 kilogramos de peso que contenía 10 tapetes artesanales que iban por vía alemán a Alemania con otro cargamento de los mismos tapetes con motivos de contrapropaganda.

Asimismo, fue detectado un bulto de 4 kilos y medio

■ **ACCION JUDICIAL** Representantes de seguridad que fueron llamados a la拦截 de la interceptación de los embargos manifestaron que se estudiará alguna forma de sanción a los responsables que aplicar todo el rigor de la ley a los que injurian al país por este vía y han convertido en motivo de lucro la ex-

plotación del despotismo de Chile en el exterior, vendiendo a buen precio este material a organismos directa o indirectamente a la dinastía Pinochet. Mientras a otros organismos humanitarios que, groseramente cometidos, podrían ser beneficiados por la venta de los artículos tapetes sobre las penurias en que se encuentran las personas que solo una parte beneficiaria directamente a quienes compran los tapetes en las poblaciones.

Por otro lado, como en re-

publicación de "La Segunda", se dejará heredado con documentos fidedignos, las personas que hacen tales acciones a la autoridad de "revisores" que aprueban o desaprueban el material de propaganda. Si los motivos no son suficientemente politizados, los tapetes no serán adquiridos, pero, si hay una verdadera extensión a mujeres de escasos recursos para permitir a quienes compran los tapetes con fines políticos contrarios al gobierno.



ESPECTACULAR HALLAZGO DE "ARTESANIA SEDICIOSA"

(ULTIMA PAGINA)

ARRIBA: Una muestra de la artesanía que se enviaba al extranjero. DERECHA: La muchacha Claudia Winkhaus dirige el tránsito como linda "conejita" en plena llamada. ABAJO: "Plas de nubes para 80 niños regalaron ayer en el Hospital de

LISTO PARA SALIR AL EXTRANJERO CARGAMENTO DE PROPAGANDA SUBVERSIVA DESCUBRIERON EN LA ADUANA DE PUDAHUEL.

■ Una importante partida de material subversivo exportable y tránsito quedó al descubierto ayer en la Aduana de Pudahuel al ser detectados dos bultos que contenían unos 400 tapices de artesanía en los cuales se grafican aspectos negativos del país.

■ Alusivas. Por ello en círculos autorizados se estima que en la confección de ellos no hay nada de espontáneo, sino que se trata de producciones en serie con una sola directriz.

■ También llamó la atención que los trabajos en miniatura, tanto en metal, madera o

LA SEGUNDA

16 ABR. 1980



■ El grabado muestra uno de los mensajes subversivos, que se encontraban escondidos dentro de un pequeño trozo de género, cosido en la parte posterior de los tapices de arpillería.

Con datos falsos era enviado al extranjero el material subversivo

■ Tanto el remitente como la dirección a la que iba dirigido el material subversivo que quedó al descubierto ayer en la Aduana del Aeropuerto de Pudahuel, son inexistentes. Este fue el resultado de las acciones desplegadas por organismos de seguridad, tendientes a dar con el origen de estos artículos que, en su mayoría, están compuestos por tapices de artesanía, cuya destino era Holanda y Alemania Federal, en los cuales se grafican aspectos recientes, en-

caminados a desprestigiar a nuestro país en el extranjero.

■ La detección de este material se originó cuando funcionarios del Departamento de Control y Tránsito de ese terminal aéreo, en una revisión de rutina que se lleva a cabo periódicamente sobre bultos elegidos al azar y que están prontos a ser embarcados, descubrieron que el contenido de los bultos no coincidía con lo declarado en el manifiesto.

■ En la parte posterior, estaban condidos dentro de un trocito de género que estaba cosido al tapiz, en la mayoría de los cuadros de arpillería fueron encontrados unos mensajes, escritos en forma manual, los cuales llevaban una breve explicación de las figuras representadas. Así, por ejemplo, encontramos un papel que dice: "12 Relegados, ¿Continuarán las relaciones?". En la arpillería figuraban 12 personas, aisladas unas de otras.



fichadas o que podíamos caer. Pero igual muchas dijeron que sí, que seguían haciendo. Muchas teníamos a los maridos sin trabajo y en las casas se dependía de esto, así que seguimos trabajando, pero a escondidas. Ojalá que casi nadie supiera que hacíamos arpilleras, ni los hijos de una. Es que en ese tiempo se pasaba harto susto. Algunos pensaban que nosotros por el sólo hecho de hacer arpilleras ya éramos comunistas. Eso nos pasó hasta con alguna gente de la misma capilla, ahí también tuvimos problemas. Así que en la noche poníamos una frazada o algo grueso como cortina para que no se viera la luz para fuera y nos poníamos a trabajar hasta bien tarde. Como los niños estaban durmiendo, una también tenía más tiempo para coser y bordar tranquila a esa hora. Yo creo que por haber estado tantos años amaneciéndome es que me quedó el sueño cambiado, hasta ahora. Me

acostumbré y nunca pude volver a tener un horario normal. Al final, creo que para nosotras, al menos para mí, hacer arpilleras era importante por las dos partes: por la denuncia de lo que estaba pasando aquí, porque si no hubiésemos hecho las arpilleras a lo mejor no se hubiesen sabido algunas cosas o no se recordarían hoy; y porque podíamos subsistir gracias a las arpilleras, porque teníamos que vivir de algo y había muchas personas cesantes en ese tiempo.

Yo nunca me metí en política antes de la dictadura. Por ser, en tiempos de Allende no estaba en ninguna cosa, era dueña de casa no más. Pero después del Golpe, estando en el taller, si había que ir a protestar, íbamos a protestar. También participaba en jornadas, en ese tiempo se hacían muchas reuniones.

En el Museo tienen hertas arpilleras, sobretodo de las más antiguas. Pasan algunos meses y las cambian, las van rotando, pero cuando he ido nunca he visto una mía. Pero una vez sí reconocí una mía en una exposición en la Fundación Salvador Allende.

Participaba porque todos queríamos cambios. Salía a protestar en la población y también en el centro. Y como yo había estudiado primeros auxilios, me tocaba salir con mi maletita con implementos de primeros auxilios. A veces nos poníamos en la misma capilla, como de turno, por lo que pudiera pasar, por si llegaba algún herido. Me acuerdo que una vez me llegó un herido de bala. Yo nunca había visto algo así. Es un hoyito bien hecho por el lado de la entrada de la bala, pero al otro lado, por donde sale, es como una coliflor. Fue bien complicado ese caso. También me acuerdo que un milico me pegó un culatazo en la guata cuando estaba embarazada. Gracias a Dios, no me pasó nada y a mi hijo tampoco. Casi altiro después del Golpe empezaron a allanar todas las poblaciones y creo que Lo Hermida fue la población más reprimida, aquí



se llenó de tanquetas, milicos, pacos, de todo. Andaban buscando gente, armas, qué sé yo. Justo en mi casa se había estado haciendo un hoyo porque se estaba haciendo un baño, pero se había dejado de hacer y estaba como cerrado con un alambre. Entonces, pensaron que ahí teníamos algo escondido. Yo les dije que no y me pegaron. En ese momento estaba sola con mis crías. Mi marido había salido, iba por Grecia cuando lo agarraron, a él y a un montón de gente, y lo tenían botado en el suelo. Al rato después llegó.

Muchas compañeras arpilleristas se han retirado y también hay muchas que se han muerto. Al menos de la zona mía, del taller de Lo Hermida, yo soy la única que todavía maneja arpilleristas. La Paty era de otra zona, era del taller de La Faena. Con ella nos conocimos un poco más, porque

antes nos ubicábamos no más, cuando los talleres se fueron cerrando y fuimos quedando las puras coordinadoras. Ahí se formó una Coordinadora de Arpilleristas. Fue cuando empezaron a disminuir los pedidos de la Fundación, ya no eran como antes. Y cuando llegaba alguno, si era por pocas cantidades, se lo daban a las puras coordinadoras, ya no a los grupos. Así se funcionó hasta cuando se acabó la Fundación. Tiempo después, cuando ya se había acabado todo, volvimos a encontrarnos con la Paty en una reunión que se hizo en San Roque, en la parroquia, de personas que habíamos hecho arpilleristas. Y después nos invitaron al Museo de la Memoria, donde estaban haciendo un libro sobre las arpilleristas y el director del Museo nos invitó a que lleváramos arpilleristas para allá. Como yo toda la vida, venda o no venda, siempre tengo arpilleristas en la casa, altiro dije que bueno. Iba a ir con otra compañera a entregarlas, pero ella me llamó y me dijo que no podía. Ahí pensé en hablar con la Paty, la invité y fuimos. Y el director nos preguntó si podíamos hacer un taller de arpilleristas en el Museo, nosotras dijimos que sí y así empezó todo lo de ahora, todo esto de andar enseñando. En el Museo tienen hertas arpilleristas, sobretodo de las más antiguas. Pasan algunos meses y las cambian, las van rotando, pero cuando he ido nunca he visto una mía. Pero una vez sí reconocí una mía en una exposición en la Fundación Salvador Allende. Bueno, después vinimos a la Municipalidad de Peñalolén. Yo les mostré todo lo que manejo de arpilleristas y todo lo que se hacía en Lo Hermida. Pasó un tiempo y nos mandaron a llamar

para preguntarnos si podíamos hacer un taller acá también. Ahí con la Paty ya empezamos a andar siempre juntas, donde iba una a hacer talleres, iba la otra. Y después del premio que nos dieron, mucho más. Empezamos a ir para todos lados y hacer un montón de cuestiones. A veces me dicen que hay que ir para tal lado y allá vamos con la Paty. A veces le dicen a ella que hay que hacer tal cosa y ahí partimos las dos.

El premio que nos dio el Consejo de la Cultura, cuando nos declararon Tesoros Humanos Vivos, igual que todo lo que ha pasado en los últimos años, es algo que uno no espera. Un día la Corporación Cultural de Peñalolén nos dijo si podía ponernos en el concurso, sin ningún compromiso, y yo dije que bueno. Total, no teníamos nada que perder. Yo tenía recortes, se los pasé, ellos sacaron copias y los mandaron. Hasta un video que me había llegado del viaje a la India se los pasé. Me acuerdo que todo esto fue como en junio y como en septiembre me llaman y me dicen que ganamos. Así que mi marido alcanzó a saber, estaba contento. Pero él murió el 1 de octubre de ese mismo año, así que cuando fue la entrega oficial

del premio, en los primeros días de octubre, el Manolo ya no estaba. Lo echo de menos. Es que estuvimos toda la vida juntos.

Uno siempre espera que le pasen cosas cuando está joven, pero a mí todo esto me ha pasado después de vieja, con más de sesenta años. Lo mismo cuando fui a la India. Le llegó una invitación a la señora Winnie, que después de la Vicaría, en la Fundación también nos pedía arpilleras. Ella me llama y me dice que hay una posibilidad de que yo pueda viajar a la India. Me quedé helada, sin entender nada. Y me costó para poder decidir si sí o no, lo pensé harto. Yo soy hipertensa y diabética, entonces me preocupaba la altura, el avión, el viaje y todo. Pero todos en mi casa me decían que fuera. Los que tenían cabros chicos que yo se los veía, también me decían que fuera. Así que me decidí y fui. Estuvimos una semana allá. Era la primera vez que yo andaba en avión y todavía lo vine a hacer integrada en un viaje de la Presidenta Bachelet, en su comitiva. Yo había votado por ella. Fueron como veinte horas de viaje. Me acompañaba una persona de la Fundación, de las que nos hacían los pedidos, que iba pendiente de mí por el problema de la presión. Allá yo estuve con la presidenta cuando ella fue a la exposición de arpilleras que se hizo. Se juntó las

Estuvimos una semana allá. Era la primera vez que yo andaba en avión y todavía lo vine a hacer integrada en un viaje de la Presidenta Bachelet, en su comitiva. Yo había votado por ella. Fueron como veinte horas de viaje. Me acompañaba una persona de la Fundación, de las que nos hacían los pedidos, que iba pendiente de mí por el problema de la presión. Allá yo estuve con la presidenta cuando ella fue a la exposición de arpilleras que se hizo.

**TESOROS
HUMANOS
VIVOS**

**PORTADORES DEL
PATRIMONIO
CULTURAL INMATERIAL**



PEÑAOLEN
ARPILLERISTAS DE
LO HERMIDA
REGION METROPOLITANA



www.CULTURA.GOB.CL



www.CULTURA.GOB.CL

arpilleras de la India con las que nosotras llevábamos. Se llevaron trabajos de varias señoras y también míos, con diferentes temas, pero yo fui la única arpillerista que fue. Pude conocer las arpilleras que se hacen en la India. Son distintas en la forma de hacerlas. Ellas trabajan con hilo, nosotras con lana. Y las de allá son más grandes. Pero en otras cosas

es casi lo mismo. Por ser, allá todo lo hacen con relieve, igual que los monos que nosotros hacemos acá y que antes eran más grandes. Los temas también se parecen: que la represión, que los políticos, son lo mismo. Claro que las caras y las ropas de los monos cambian. Allá igual tuve que participar en algunas actividades y tuve que hablar. Yo soy

muy mala para eso y antes era mucho peor, hablaba lo justo y lo necesario. Pero me tocó una persona de Brasil que hablaba castellano. Entonces, todo lo que hablaban ellos allá, él me lo trasmisitía a mí. Y yo le respondía a él y él les respondía a ellos. En todo caso, fue una experiencia bien bonita. Y fue gracias a las arpilleras. Las arpilleras para mí lo han sido todo.





EXPOSICION DE LAS ARPILLERAS EN LA INDIA



CAPÍTULO III

Carpilleristas de Peñalolén en el presente*





El año 2011 la Fundación cierra sus puertas y con esto las arpilleristas no solo pierden una fuente de ingresos que fue estable por más de treinta años, sino que la arpillera, como elemento de artesanía y como soporte de denuncia política y social comenzaba a desaparecer.

Patricia Hidalgo y María Madariaga son arpilleristas y desde 1976 realizan este trabajo en Peñalolén. Ellas, junto a un grupo de muchas otras mujeres, convirtieron un trabajo considerado artesanal en una forma de denuncia durante la dictadura militar. Cuando llegó la democracia siguieron realizando arpillerías para la Fundación Solidaridad, institución dependiente del Arzobispado que continuaba el trabajo de la Vicaría de la Solidaridad.

El año 2011 la Fundación cierra sus puertas y con esto las arpilleristas no solo pierden una fuente de ingresos que fue estable por más de treinta años, sino que la arpillera, como elemento de artesanía y como soporte de denuncia política y social comenzaba a desaparecer.

El mismo año el Museo de la Memoria invitó a Patricia y María a participar en una serie de charlas y talleres sobre la arpillera. Con esto se abría una nueva línea de trabajo, ya no como trabajadoras artesanales sino que como profesoras de su artesanía.



Para el Museo, esto era una forma de rescate de la memoria. Para Patricia y María fue el descubrimiento de una nueva vocación: Enseñar.

A partir del año 2012 comienzan a difundir su trabajo a distintas zonas de Peñalolén a través del proyecto Ocuparte, promovido por la Corporación Cultural de Peñalolén, realizando talleres de arpillerías en diversas juntas de vecinos de la comuna.

Es la misma Corporación quien las postula al reconocimiento como Tesoros Humanos Vivos de la Unesco para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial, promovido en Chile por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Más tarde ese año Patricia Hidalgo y María Madariaga se convertirían en nuestros Tesoros Humanos Vivos.

Desde el 2013 integran el proyecto Acciona Mediación del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes realizando talleres de arpillerías en distintas zonas de Santiago. Realizaron talleres con adultos mayores en la comuna de San Ramón, trabajaron en la Escuela Especial Santiago Apóstol de la comuna de Santiago, que atiende niños con trastornos de la comunicación y desarrollaron talleres en el sexto básico del Colegio Tobalaba en Peñalolén.

Al realizar estos talleres en colegios, Patricia y María se integran al mundo de la enseñanza escolar, descubren el modo de vida de los sordomudos y desarrollan nuevas habilidades desde el punto de vista de la pedagogía. Esto las hace replantearse el universo de las arpillerías, ya no desde la denuncia política vinculada



a su propia historia, sino como una herramienta de expresión con la que cuentan las nuevas generaciones desde su propia realidad frente a los desafíos y cuestionamientos que les presenta el siglo XXI. Este proyecto continúa funcionando en el año 2016.

Patricia y María hoy continúan como monitoras del Taller de Arpilleras del programa Ocuparte que se desarrolla en Peñalolén. Este proyecto busca rescatar y conservar el arte patrimonial en los barrios de Peñalolén complementando, de esta forma, la necesidad de estos

Tesoros Humanos Vivos de entregar a su comunidad los conocimientos y experiencias adquiridas a lo largo de una historia que comienza con la Toma de Lo Hermida, que deja atrás los difíciles tiempos de la represión política de la dictadura militar, y que hoy se instala desde la institucionalidad generando un nuevo foco de artesanos creadores quienes a través de las arpillerías mantienen viva esta disciplina tan arraigada a la historia y a la identidad de Peñalolén.



Testimonios de Alumnas de los Talleres de Argilleras





Dulia Landeros

Yo llegué a este taller porque me llamaron por teléfono y me preguntaron si yo tenía alguna sala disponible para que les facilitara, para que hicieran un taller de arpilleria acá en la Junta de Vecinos. Yo soy la presidenta de la Junta de Vecinos Tobalaba Poniente número 14. Me acordé que en esos años, hace ratito, vi arpillerias y yo tengo un cuadrito en mi comedor de una arpilleria muy grande. Y yo le dije que sí, que por supuesto. Yo conocí muchas niñas arpilleras allí en la iglesia San Carlos. A la Paty y la María las conocí en la Vicaría Zona Oriente. Yo trabajaba allá pero ellas todavía no hacían arpilleras. Después hicieron arpilleras acá.

A mí no me gustaban las arpilleras, porque no tenía la paciencia de hacer esto. Pero hoy yo quiero esta paciencia, quiero esto para que no vivamos apuradas. Porque ahora todos vivimos apurados, andamos corriendo para todos lados, entonces, para calmarnos un poquito, esto es como una terapia, es una verdadera terapia. Entonces ahí se calma uno. Porque tienes que sentarte a ver, a mirar, a hacer todo esto, y es como una verdadera terapia. Yo nunca antes había hecho una de estas, nada nada. Si yo me tiré así nomás y yo creo que me está yendo bien. Por último, yo dije: - No importa que no esté muy lindo. Esto no lo voy a desarmar porque esto lo hice yo.

Entonces, este paisaje es mi casita, en el pedazo de tierra donde vivímos todos. Una casa chiquitita, entonces yo estoy empezando a contar mi historia. Por eso, cuando yo la vea, la primera historia es que yo viví en una casa como esta. Entonces estos son recuerdos, es el recuerdo de antes con las cosas de ahora.

Yo después de esto pienso enseñarles a las chicas mías, ya les estoy enseñando a mis hijas. Mi hija tiene veintidós y la otra tiene treinta, así que con ellas estoy haciendo esto y a mí me parece bonito que este conocimiento se traspase y eso es lo bueno, que nosotros sepamos expandir como las chiquillas, las profes, que sepan expandir esto, que nos muestren a nosotros y nosotros a su vez a las hijas, a las nietas, como jugando, para poderles enseñar que esto existió en el tiempo. Eso es lindo por qué cuando mi nieta esté con los monos le voy a decir: - Siéntate, mira, hagamos este pedacito, ¿me ayudas? - y a lo mejor le puedo integrar este conocimiento. Porque yo te digo que cuando yo era joven no me gustaba, pero como vivimos tan apurados, con esto nos calmamos, nos sentamos haciendo esto. Nosotros nos acordamos de muchas cosas bonitas, entonces, es bonito esto.





Celinda Silva

Yo a las arpilleristas no las conocía. En mi casa tengo una Arpillería que la hizo una señora que vivía acá en los setenta. Debe haber sido de las primeras señoras que empezaron a hacer arpillerías. Ella perdió a su esposo el año setenta y tres. Yo siempre la miraba en mi casa y siempre tuve curiosidad por cómo se hacían. Yo creo que esta señora debe haber sido compañera de la Patricia y la María. Ellas no hablan mucho de esa época. Yo escucho algunas historias y me voy armando el mapa. O sea, yo soy de la misma onda pero no hablamos mucho de eso. Como que de repente uno no se atreve a hablar mucho porque se puede asociar mal.

Esta es la primera vez que participo del taller. Trabajar en este taller para mí es muy bonito, entretenido. Por eso me alegro, porque cuando me dijeron si quería venir a un taller de arpillerías yo dije: -jah, que bueno! Y estas señoras son espectaculares.

Lo que a mí me gusta mucho es que las profesoras son muy cercanas, no son personas que dan una orden. Y si uno no tiene una cosa y la otra así, se comparte. Yo, por ejemplo, compré agujas y les traje a todas, entonces así podemos compartir.

Yo llevo como cinco clases más o menos, pero me demoro. Así que me las llevo para la casa y trabajo allá mientras tanto. Estas las voy a enmarcar, no sé si pueda venderlas. Es que uno se encariña con estas cuestiones.

Entonces como que una quiere dejar un poco de historia también. De hecho, ya le estoy enseñando a mi nieta de siete años. Tuve que comprarle un cosito para que no se pinche, pero le gusta y me molesta para que le enseñé.



Laura González

Soy una de las alumnas nuevas. Me enteré del taller por unas amigas que vienen y estaban maravilladas. Ellas disfrutaban y yo sentía envidia sana. En todo caso, tenía ganas de hacer algo diferente, y con todas las maravillas que contaban, entonces, más ganas me daban y con eso me animé. Dijeron: - Anda a ver si te resulta y si no te retiras. Bueno, y cuando vine yo quedé maravillada. Aquí fui muy bien acogida por las dos maestras. Hasta ahora me han tratado súper bien, son súper amorosas.

Acá no hay distinción de raza, credo, de nada. Además son muy buenas personas y no se creen nada. Si yo tuve que preguntar quién eran las profesoras porque se integran con uno y pasan como una más. Así son más respetadas por su trabajo.

Yo sé que ellas empezaron en el tiempo de los conflictos, pero ellas salieron adelante con esto y pudieron superar esa parte de la historia. Aunque acá no se hablan esas cosas.

Yo vi en Internet que a ellas les dieron un premio de los Tesoros Humanos Vivos y salieron en el diario de la comuna. Yo lo encuentro regio porque yo soy del barrio. Además, a mí me parece súper bien que sigan enseñando esto.

Obviamente esto se lo voy enseñar a alguien más. Bueno, en este caso, a mi nieta. Ella es una de las admiradoras que tengo. A ella le encanta todo esto y ella quiere aprender. Yo creo que ella va a ser una de las seguidoras y tiene seis años recién. Le encanta todo lo que es tejer. Ella hace el intento de las cosas que yo hago y se nota que le gusta.



Gina Ibacache

Yo estaba en taller de telar y nos invitaron acá. Dijeron que iba a haber un taller de arpilleras y yo les dije que bueno. Yo pensaba que era de las otras arpilleras, porque yo nunca había visto este trabajo. Yo había visto las arpilleras viejas, antiguas, si yo tengo mis años también (ríe). Cuando llegué me gustó mucho esto, es muy bonito y hay cosas que uno siempre tiene que aprender, algo nuevo.

Yo no sabía nada de la historia de ellas. Acá me vine enterar de algunas cosas de su historia. Me gustan las profesoras porque

son como cualquier persona, no andan mostrando su premio de Tesoro Humano Vivo. Para mí son como personas normales, con las que se puede compartir. Y ellas nos han demostrado aquí que son unas personas que nunca se van a llevar su sabiduría al otro mundo. No son egoístas con eso y eso es lo rico. Lo que yo aprendo me lo enseñó esta tierra y aquí se tiene que quedar.

Si Dios quiere, después se lo voy enseñar a mi nieta. Mi nieta se tiene que quedar con mi sabiduría. Ella ya tiene catorce años y es la única nieta que tengo.





Rosa Salvo

Yo pertenezco a la Junta de Vecinos 14 Norte. Soy secretaria allá y ahí nos dieron la información de las arpillerías. En mi vida yo había visto porque mi familia es media artista. Yo conocía arpillerías con los monitos rellenos, ese tipo de arpillerías. Esta es un poco más actualizada y me llamó la atención porque a mí me gusta todo lo que es con las manos, todo lo que tiene que ver con el arte. Y yo trabajo en manualidades todo el año, hago de todo lo que tenga que ver con manualidades. Hago monitos rellenos de trigo con aroma, goteras de cáñamo, un montón de cosas.

Yo a ellas las conozco porque soy amiga de una sobrina de ellas. A las hijas también las conozco. Yo siempre que iba a la casa de su sobrina y ellos hablaban de la Patricia y la María, que estaban trabajando con Arpilleras y que se han ganado grandes proyectos. Entonces, cuando me contaron de esto yo dije: - Tengo que ir, tengo que ir porque es bonito. De hecho, yo tengo pensado llevarme algunas arpillerías a Uruguay.



Lo bueno es que en mi familia todos trabajamos en cosas así. Lo heredamos de la familia de mi papá, ellos cantan, bailan, son folklóricos, y yo tengo el don de trabajar con las manos y con la poesía. Como te digo, no saqué la voz para cantar pero si las manos para trabajar.

Yo me siento súper bien de estar en este taller porque ellas llevan muchos años trabajando en esto. De hecho, yo tengo amigas que hacían arpillerías en la época de la dictadura, porque ahí se usaba mucho. Tú te expresabas a través de la arpilla, tu expresabas tu rabia, tu pena, un montón de cosas y aunque hoy día también, yo no estoy expresando ni rabia ni pena, estoy expresando lo lindo que puede tener Chile. Yo soy amante

de la naturaleza y me encanta, por ejemplo, yo hago bolsitos y ahora le estoy poniendo un poco de arpilla a los bolsitos, y me ha ido súper bien. Ando todo el tiempo mirando ideas y no puedo estar quieta.

Las profesoras son súper buenas, tienen harta paciencia. Yo pienso que debieran estar un poco agotadas, pero ellas lo hacen súper bien.

Yo creo que esto lo debieran enseñar en los colegios porque es algo nuestro, por eso yo digo que sería súper bonito hacer este tipo de talleres en colegios, a lo mejor algo más simple pero algo donde ellos se puedan expresar, porque yo creo que ahí puedes conocer un poco más a fondo al niño, a través de la arpilla. Yo creo que aquí se expresarían mejor porque tendrían tiempo para pensar.



Cura Ruiz

Un día llegó una señorita de la Corporación Cultural y nos ofreció la posibilidad de hacer un proyecto para hacer talleres. Después llegó la señora Patricia con el taller de arpilleristas y la gente se entusiasmó al tiro. Yo no conocía nada de eso. No tenía idea de arpilleristas ni esas cosas.

Yo me imaginaba que eran sacos bordados, porque antes las arpilleristas se hacían así.

Al comienzo éramos como diez o doce personas. El taller duró tres meses y al final éramos como más de veinte.

La verdad yo recién empecé a dimensionar con quién estaba cuando las demás dijeron que la señora Patricia



y la María se habían ganado el premio de los Tesoros Humanos Vivos y que habían viajado a Japón, China o la India, no se adonde. Y cuando nos dijeron nosotros dijimos: - Las medias profesoras que vamos a tener.

Después fuimos al Museo de la Memoria y vi los trabajos de ellas, entonces me di cuenta que estamos con unas grandes personas acá, unas grandes artesanas. Y ellas no se comportan así como estrellas sino que tienen una sencillez. Al final, lo que las hace unas grandes artistas es la sencillez que ellas tienen.

Ellas nos contaron cosas de su vida y de cómo llegaron a un sitio en Lo Hermida. Como hicieron su casita y el sacrificio de criar a sus hijos. Contaron que al comienzo no les gustaba hacer arpilleristas, pero después le encontraron el gusto, además que le servía para ganarse sus pesos.

Yo creo que en el fondo, ni ellas se daban cuenta del gran trabajo que estaban haciendo. Ellas aplicaban sus conocimientos y se sacaban la cresta trabajando no más. La genialidad de ellas aparece en el trabajo. Y es el trabajo que ellas hicieron lo que nos llena de orgullo. No solo para la gente de la comuna sino que para la gente de todo el país.



Yo soy de La Serena, estoy estudiando acá en Santiago. Y bueno, vi en la calle un afiche sobre los talleres. Más que nada vine a ver por el interés de aprender a hacer esto. Esto es algo que yo nunca había hecho, yo jamás había bordado. Entonces es como un desafío pero también una forma de ver en torno a qué gira todo esto. Cuál fue el propósito antes y cuál es el propósito hoy.

Yo nunca había visto algo como esto, en realidad. Por lo menos a los de mi generación jamás alguien les mencionó que esta era una forma de dar un mensaje. De ellas poco conozco de su historia, sólo lo que escuchado acá. Pero por lo poco que conozco, para mí es increíble estar con ellas acá. Como yo soy de una generación más joven, me he sentido como un privilegiado que ellas me entreguen el conocimiento sin pedir algo a cambio. Y con todo lo que ellas saben, ellas entregan todo su conocimiento y en esa entrega nos incluyen a todos. Cuando llegué me recibieron de buena

forma y eso es un gusto. Cada vez que vengo es un gusto.

A mí me ha costado harto aprender pero ellas se han dado el tiempo de enseñarme porque ya saben que yo no puedo venir todos los días. También saben que yo jamás había visto esto, entonces han sido bien comprensivas en ese sentido. Ahora, de mis amigos, yo soy el único interesado en esto. De hecho me vine Santiago por lo mismo, para aprender cosas que no existen allá. Dentro de mi generación de

amigos, jamás vería a alguien así como yo metido acá.

Esto es para mí un logro tanto de técnica como de aprendizaje en general. Porque esto también forma parte de mi historia acá, la historia de mi paso por Peñalolén.

Yo creo que después de esto no creo que los venda, pero si voy a enseñarlo bien. Si veo a alguien interesado en aprender obviamente le enseñaría por qué si lo puedo hacer yo, lo puede hacer cualquiera.





Eliana Martínez

Para mí es un desafío hacer esto. Yo no soy muy buena para coser, tengo otras habilidades para las manualidades, pero la costura no es lo mío así que es un desafío. Uno debe aprender a hacer lo que a uno no le gusta y por la vida uno va haciendo cosas que no le gustan, entonces mejor aprender. Esa fue mi forma de llegar aquí al taller. A mí me interesaba saber que lo que era la arpillera, porque me llama mucho la atención Violeta Parra.

Yo quería aprender a hacer arpilleras. Quería saber en qué momento ella (Violeta) hacía esto, que eran su forma, sus pensamientos. Y la otra, quería saber que pasaba por su vida cuando se sentaba a pegar pedacitos de género.

Yo creo que esto tiene una parte de

Violeta Parra trayéndolo al ahora. Porque antes las arpilleras eran de arpillera, que eran de esos sacos de trigo, de papa, esos sacos que ella pillaba por el camino. Ahora son de otra forma, ahora usamos géneros. Y la puntada, no sé pues, hay que irlo aprendiendo de la profesora. Yo quiero aprender como ellas lo hacen para hacerlo como ellas. Y yo quiero aprender de las profesoras para ver qué las motivó a hacer esto.

Yo, antes de llegar al taller, había escuchado comentarios de que habían sido reconocidas Tesoros Humanos Vivos. Porque ahora las personas se mueren y de ahí les reconocen lo que son. Entonces igual es bueno por ellas. Porque van a difundir la arpillera. Porque como todas las cosas se

pierden, igual es bueno estar en un taller con unas monitoras que son Tesoros Humanos Vivos.

Cuando uno es y cuando uno enseña su cultura es bueno que una persona aprenda. Es bueno porque esa persona que está aprendiendo también está aprendiendo la cultura y lo bueno de lo que había antes. Ahora todos vivimos acelerados y las manualidades ya no se valoran como antes. Muchas cosas se han perdido.

Yo, esto lo estoy aprendiendo recién, así que todavía no le enseño nadie. Igual quiero ver si Violeta Parra dejó una energía para nosotros. Esa energía con la que ella hacía que no se pierda. Para mí la historia nos fue juntando. El interés por Violeta Parra me llevó a descubrir que acá también había arpilleras. Entonces, por la curiosidad terminé en este taller de arpilleras y con estas dos personas.

Ellas son así como usted las ve, como personas normales. Si a lo mejor en el tiempo pasen un poco los años y yo me encuentre con un paño de estos en mi casa voy a decir que yo las conocía, que me hicieron clases en algún momento, y ahí voy a decir:
 - Si, yo estuve con ellas.



Ruth Contreras

Yo estoy en un taller de telar y había un afiche y en la junta de vecinos me dijeron que no necesitaba nada, así que vine, hablé con la profesora y me dijo bienvenida.

Yo había escuchado de las arpillerías hace poco. En el verano estaba viendo tele y salió la Carmen Hertz y ella empezó hablar de las arpillerías. Yo sabía de las arpillerías pero no sabía cómo habían llegado a ser tan importantes para Chile, para la vicaría sobre todo y la Carmen Hertz contaba todo, de cómo enviaban los pedacitos de telas y después como los comenzaban a unir. Decían todo lo que aquí sucedía y yo dije: - Que lindo los trabajos. Yo había hecho un curso de lanigrafía hace muchos años. La lanigrafía se borda en lana y yo lo hice los 80 y resulta que el curso era de Cema Chile.

Y bueno, me fascinó el trabajo y yo pensaba que no podía ser tan difícil. Ahora estoy juntando género porque quiero hacer uno de Pascua Lama que se llama "El Alto del Carmen" porque



en Alto del Carmen hay un paisaje que está en un mural donde están todos los artesanos que viven ahí. Lo pintaron en la plaza frente a la iglesia donde están los carteles que dicen "Pascua Lama, pan para hoy, hambre para mañana", como para hacer un poco de denuncia. Aunque yo sabía poco de la historia de las profesoras, entiendo que cuando comenzaron era para hacer denuncia también. Yo quiero y tengo algo que decir, porque yo conozco ese sector, porque mi mamá es de ahí, entonces ese lugar lo queremos mucho. Tengo a mis primos viviendo ahí y es un lugar muy hermoso por donde pasa el río, pero ahora ni sacar agua del río uno puede.

Las profesoras saben harto pero como yo también sabía algunas cosas, las arpillerías que yo estoy haciendo tienen de mi cosecha. Esta es mi versión de las arpillerías, porque ellas nos dicen - Tú haces lo que quieras hacer. Yo le pregunto: ¿puedo poner esto? y ellas me dicen: - Sí. Y eso estoy haciendo.



Juana Tapia

Yo tengo una prima que trabajó en la Vicaría en tiempos de la dictadura. Al final su trabajo era mandar las arpillerías hacia afuera. Cuando yo le vi unas arpillerías dije: - Uy, qué bonito. Esto representa esto y esto otro y así empezó a darme ideas. Ahí justo se formó el taller.

Ella conoce a la señora María y a la señora Paty, a sus hermanos y a sus hijos porque ella fue profesora también de un colegio de Lo Hermida con niños vulnerables. Eso fue en el año setenta y uno o setenta y dos. Y después del golpe empezaron al tiro con lo de las arpillerías.

Cuando nosotros llegamos a Peñalolén las casas ya estaban hechas. Es distinto a cuando llegaron ellas porque cuando ellas llegaron cuando no había nada. Tuvieron que hacer su casa de la nada. Ellas estaban en carpas o unas casuchas de cartón. Es difícil empezar como ellas empezaron. Ahí uno se da cuenta que la gente que quiere puede lograr cosas y surgir.

Yo le pregunté a la señora María como empezaron y ella me dijo que por necesidad. Que el marido estaba cesante y tenían que subsistir. Entonces se juntaron las mujeres y empezaron a trabajar en las arpillerías. Y siguieron

con eso a pesar de tener que trabajar escondidas.

Entonces cuando uno conoce estas historias de fortaleza uno ve que las mujeres pueden lograr cosas y eso es un incentivo y una gran motivación para nosotras.

Y aunque ellas no anden contando sus cosas igual ellas transmiten esa potencia, ese esfuerzo y a mí me remeció esa cuestión.

Cuando salieron en la tele yo me sentí honrada de conocerlas. Entonces cuando mostraron las arpillerías yo se las mostré a mi hijo que no tiene

ninguna relación con el arte y él también la encontró bonita. Y eso me motivo cualquier cantidad.

Nosotros tenemos una riqueza muy buena, muy bonita acá en la comuna. Este taller de arpillerías encuentro que es un ejemplo para la comuna, un ejemplo de esfuerzo y ellas han traspasado este conocimiento, porque no se quedaron ahí encerradas en cuatro paredes sino que sacaron su conocimiento hacia afuera, hacia la comuna y eso es digno de admirar.





Marcia Lagunas

Yo me enteré del taller de arpillerías por la invitación que hizo la junta de vecinos. Primero hicimos un taller en el patio de la casa de la señora Florencia, después en un contenedor. Pasábamos más frío ahí, teníamos que poner unos plásticos arriba cuando llovía.

Pero llegamos todas. Fue tan bonita la iniciación de este taller que todas nos pusimos. Nos ilusionamos tanto que no sentíamos ni el frío ni la lluvia. Después fuimos al museo de la memoria para ver las maravillas que hay allá.

Entonces ahí fuimos entrando más en conocimiento y fuimos aportando otras ideas. Ahora ya vamos avanzando un poco más bordando parte de Chile. Ya hicimos unas del sur así que, para seguir con la vuelta, algunas nos iremos con temas de más al norte.

Otra cosa es que uno va aprovechando todos los pedacitos de tela que se pierden. Porque uno anda buscando cómo diseñar un paisaje. Poniéndole las distintas tonalidades a los árboles, al mismo cielo. Uno busca un género

más o menos apropiado y así uno va viendo que el cielo no siempre es celeste, a veces tiene distintos tonos, entonces eso es lo bonito, que uno va aprendiendo la técnica de ellas. Uno va tratando de hacer unos monos, hacer los vestidos, las cabecitas, una le puso gorritos, otra le puso trenzas, otras los zapatitos y así se va completando. Ellas usan súper bien las tijeras porque cortaban sin marcarte y le daban la perspectiva a la casita o captaban el movimiento del árbol y uno no tiene esa habilidad.

Yo pienso seguir haciendo arpillerías de todo Chile. Mi nieta tiene 13 años y es muy artista con sus manos. Uno de los trabajos se lo regalé a ella. Entonces ahora yo tengo que enseñarle de esto a ella, para traspasarle lo que yo aprendí. No saco nada con quedarme con lo que yo sé.



Ana María Harens

Yo también las llegué siguiendo un poco por la parte política. Yo me sentía identificada plenamente. Para mí era una fascinación de antes. Yo ya conocía a la señora María y a la señora Patricia. Y un día mi hija me contó que se iban hacer unos talleres de arpilleristas. Yo ya estaba metida en otro taller con una amiga. Así que cuando supe que la señora María y la señora Patricia eran las profesoras empezamos a ir al tiro.

A mi encanta el trabajo de la arpillera. Porque es un medio de expresión personal de cada una. Porque una es libre de expresar, ya no tanto en el contexto político porque ya que ha pasado un poco esa cosa, pero sí en el contexto personal que es importante también poder expresar.

Ellas nos decían que cada arpillera debía representar un tema de nosotros. Y a mí el tema que me llama la atención es todo esto que pasó en el periodo militar, que fue duro, muy duro. Ellas tomaron todas esas experiencias y las plasmaron en sus arpilleristas para que sus hijos, sus nietos, y todos pudieran ver lo que pasó.

Ellas nos inspiran a ser más esforzadas por su historia de esfuerzo. Imagínate tener que sacar a tu familia adelante. Los maridos sin trabajo. No tenían

agua así que tenían que ir a buscarla a no sé cuantas cuadras arriba. Porque todo esto antes era una toma, eran puros parronales.

Entonces hay mucha admiración hacia ellas. Nos están dando un ejemplo a nosotros. Un ejemplo de esfuerzo y un ejemplo de fuerza de mujer.



EPÍLOGO

La arpillera



No es fácil escribir sobre la arpillería, menos aún sobre las arpilleristas. Cada trozo de vida bordado en una arpillería es parte de una larga historia de años, en que todo dolor y toda alegría, toda angustia y toda esperanza, todo inimaginable horror y toda increíble lucha han estado presentes. ¿Cómo contar entonces mi camino al lado de las arpilleristas? Tal vez la única forma posible es como lo han hecho ellas: trocitos, puntadas, restos de cielo, pedazos de nubes, manos tomadas...

Nos ha llegado a la Vicaría una donación de varios kilos de telas. Damos vuelta la bolsa en el suelo y se forma un cerrito de colores alrededor del cual se inclinan doce mujeres arpilleristas que están en ese momento.

- ¡Aquí hay verde oscuro para matorrales!
- ¡Miren, compañeras, café para techos!
- ¡Qué lástima que este celeste sea tan pequeño!
No alcanza para el cielo.
- Aquí tienes amarillo para el sol y con él tapas el añadido del cielo.
- Yo no hago ni un sol mientras mi marido siga cesante. ¿No llegó algo para nubarrones?
- ¡Cuidado! El gris hay que guardarlo para los agentes.
- Este rojo tan lindo lo partimos en partes iguales.
¡Dios mío!, si casi alcanzaría para una blusa para mi chica.

-No, mujer, queda más lindo para el fuego de la olla común.

-Y ese gris de los agentes, ¿no me serviría también para las rejas de la cárcel? Así, igualito, es el color de las que abren cuando voy a ver al Miguel.

Así es. Para bordar este cúmulo de experiencias, todos los colores son necesarios. Ellas saben que las arpillerías deben ser lindas, aunque la realidad no lo sea. Adornarán muros de oficinas, salas y piezas de niños.

-¿No ve que un gringo que me compró una arpillería, como la vio tan colorida dijo inmediatamente que era para sus niños? No tuvo idea que esos niños del “comedor” están todos desnutridos. Pero igualito es cierto que les tejemos su ropa de harto colores. Yo no le conté toda la verdad. Si no me la compra, ¿con qué plata pago el agua después?

Así es. No siempre se puede decir todo en la arpillería, al menos no todo se ve cuando no se ha vivido. -¿Por qué estas personas te quedaron agachadas? – pregunto a Rosa, mientras observo una arpillería en que varias mujeres están en fila afuera de un hospital. Antes que Rosa me responda, Julia, Teresa y Elena me lanzan casi a coro: -El frío, pues, ¿no ve que hay que llegar a las cinco de la mañana para alcanzar a tocar un número y tener atención? ¡Esas señoras están encogidas de frío!

Así es. No es fácil poner con trapitos el frío, el miedo, el hambre o el entusiasmo. Como Esther, que cuenta al grupo: -Anoche me amanecí haciendo monitos para hacer la manifestación contra la tortura que hicimos el sábado. Se me cerraban los ojos, pero me acordaba de que éramos más de doscientos lo que fuimos y me daba ánimo para hacer un monito más. ¿Se entenderá que éramos muchos con los dieciséis monitos que alcancé a hacer?

Así es. ¡Tantas cosas que decir en un pequeño trozo de tela! -¿Y si no pongo la cordillera? –dice Sandra. -Ahí sí que me caben los helicópteros que sobrevolaron anoche la población y no nos dejaron dormir –agrega. Se agolpan y confunden las voces: -¡Eso sí que no! Sería faltar a la verdad. Todo el mundo sabe que en Santiago, donde uno se pare y para cualquier lado que mire, ve montañas. -Y además –dice María–, cuando yo digo la cordillera pienso que es la mismita que ven los ricos no más y me da gusto saber que al menos lo que hizo Dios, como la cordillera que es tan linda, mis niños la ven igual que los niños de los ricos.

Así es. Carmen está enferma y no ha podido bordar su arpilla. -Hemos traído una arpilla en que todas hemos colaborado, ¿podemos entregarla a nombre de Carmen? De todas maneras, si no fuera así, ellas se repartirían en partes iguales, incluyendo a Carmen, el total de lo recibido por las arpillerías. Férreamente tomadas de la mano, las mujeres arpilleristas no aceptan que la ausencia o enfermedad perjudique a ninguna de ellas. Ellas lo saben

mejor que cualquier economista o sociólogo: todas necesitan el pan para sus hijos.

Lo que he relatado, tomado textualmente de diálogos que recuerdo, es lo mejor que puedo compartir con todos los que se interesen por la arpilla.

He aprendido de un arte que es pura realidad, sin abstracciones, sin discurso. Creo que no por eso es menos reflejo del alma o menos intuición de lo bello.

He aprendido un lenguaje más honesto, directo y nítido que el mío. No por eso menos profundo ni menos humano.

He vivido junto a las arpilleristas una experiencia de solidaridad más allá de cualquier ideología.

Aunque por mis manos han pasado miles de arpillerías, siento cada día por cada nueva arpilla un profundo respeto: soy testigo de que en cada puntada sobre cada trocito de tela, está o el dolor de una madre de un detenido desaparecido o la angustia de la mujer de un prisionero o la lucha de todas las mujeres cesantes. En todas, el esfuerzo y la dignidad de un trabajo que quiere ser comprendido, y en el cual, a pesar de todo, muchas veces va bordado un inmenso sol de esperanza.

Winnie Lira

Ex Directora Ejecutiva
Ex Fundación Solidaridad

TALLER DE ARTE



RPILLERAS





CORPORACIÓN CULTURAL DE PEÑALOLÉN
AVENIDA GRECIA 8735, PEÑALOLÉN
www.chimkowe.cl



Organización
de las Naciones Unidas
para la Educación
la Ciencia y la Cultura



Patrimonio
Cultural
Inmaterial



Centro Regional para
la Salvaguardia del Patrimonio
Cultural Inmaterial de América Latina
bajo los auspicios de la UNESCO

